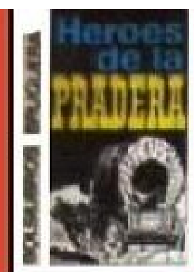
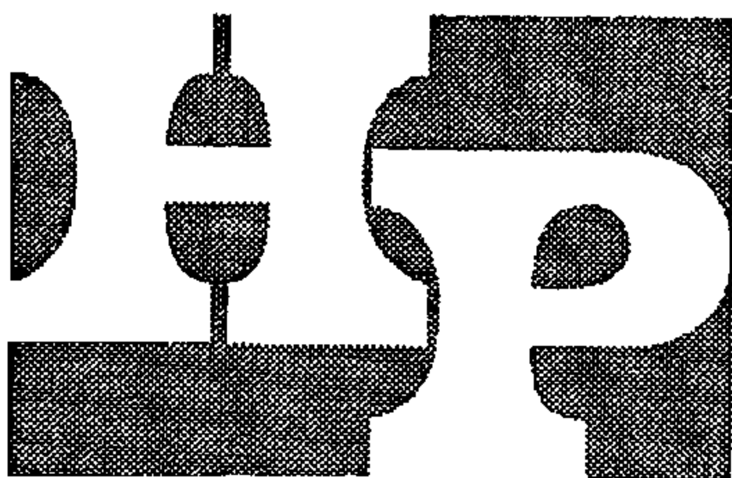


Silver Kane

LAZOS DE MUERTE





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LAZOS DE SANGRE

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 115
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edición: marxo, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

—Cualquiera sabe hacer eso —dijo el ranchero Turkus—. Si bien se mira, es lo más sencillo del mundo. ¿Es que hay alguien que haya vivido en la pradera y no sepa hacer un buen lazo para matar a un hombre?

Otro ranchero —el opulento Farley, uno de los más ricos de Oklahoma—, exhaló el humo de su cigarro habano, y musitó:

—Yo opino todo lo contrario.

—¿Ah, sí? ¿Es que tú no sabes hacer un lazo?

—Claro que sí.

—Entonces…

Los otros dos rancheros que asistían a la conversación, y que hasta el momento no habían tomado parte en ella, le miraron con curiosidad.

—Hay muchos modos de hacer las cosas —opinó Farley—. Por ejemplo, todos nosotros sabemos montar a caballo, y además, bastante bien, pero nunca hemos ganado una carrera ni un premio en un rodeo. Cualquiera de nuestros vaqueros sabe hacer un buen lazo, y, desde luego, ahorcar a un hombre, pero no lo hará tan bien como nuestro amigo, el que está ahí fuera.

Los cuatro miraron instintivamente hacia la puerta de la habitación, una pequeña puerta de hierro correspondiente a uno de los locutorios privados de la prisión federal de Oklahoma.

Más allá estaban los pasillos largos y siniestros, y más allá todavía estaba el patio donde se había levantado el patíbulo.

Los cuatro sabían eso.

Sabían también que, seleccionados entre los rancheros más importantes de la comarca, iban a asistir como testigos excepcionales a la ejecución del cuatrero y asesino Chapman.

En lo que no estaban conformes era en los méritos del verdugo que iba a realizar el «trabajo».

—Es un gasto inútil —insistió Turkus—. Cualquiera de los empleados de la prisión lo haría tan bien como él…

—No lo creas.

—¡Bah!

—Si tú ahorcases a alguien, ¿cuánto crees que tardaría en morir?

—Hombre, cuando este país, hace unos tres años, estaba infestado de cuatreros, mi equipo y yo hubimos de administrar justicia rápida algunas veces.

—¿A cuántos tipos ahorcasteis en aquella época?

—Quizá a unos seis. Desde luego, todos ellos eran cuatreros reconocidos y que no tenían disculpa posible.

—No es a eso a lo que me refiero. ¿Cuánto tardaron en morir?

—Quizá un cuarto de minuto.

—Es mucho.

—¿Tú crees?

—Si el lazo está bien hecho, la muerte del ajusticiado debe ser instantánea. Su nuca se rompe, los vasos cerebrales explotan, produciendo un derrame interno de terrible intensidad, y el condenado muere sin sentir apenas nada. Bueno, no muere instantáneamente, pero a los efectos prácticos es lo mismo. Y precisamente tal cosa es la que consigue el que está ahí fuera. Los condenados no sufren.

—Yo insisto en que cualquiera de nosotros sabe hacerlo igual.

—¡Y un cuerno!

—Vamos a ver. ¿Cuánto cobra ese tipo por su «trabajo»?

—Me han dicho que cincuenta dólares.

—Pues yo te apuesto cien a que el condenado vive un cuarto de minuto después de haberse abierto la trampilla.

—¡Ciento cincuenta contra cien!

—¡Aceptados!

Otro de los rancheros, el de más sentido común de los cuatro, gruñó:

—¿Sabéis que eso es muy poco caritativo, muchachos?

—¡En tierra como Oklahoma nadie se debe asustar por la muerte de un hombre!

—Cierto, pero tampoco se deben hacer bromas con ella.

Turkus masculló:

—¡Tú estás cargado de manías! ¡Y por ese camino vas a convertirte en una señorita!

—Te voy a…

—¿Tú qué vas a hacer?

Lo que amenazaba convertirse en una violenta y peligrosa discusión quedó cortado de repente al abrirse la puerta de hierro y aparecer el *sheriff* enmarcado en ella.

—¿Listos?

Turkus miró hacia allí.

—¿Es que ha llegado la hora de la ejecución?

—Chapman está siendo conducido al patio.

—Entonces, vamos.

Los cuatro se pusieron en pie, al parecer olvidando la discusión que había surgido entre ellos segundos antes. Pero Turkus dijo a Farley antes de abandonar la sala:

—Recuerda… Son ciento cincuenta contra cien. La apuesta sigue en pie.

Llegaron al patio, donde se alzaba un patíbulo con una horca elevada a toda prisa, pero sólida e incluso terrorífica para aquellos hombres acostumbrados a no impresionarse ante nada.

El condenado ya estaba allí.

Llevaba las manos atadas a la espalda y sus ojos parecían no mirar a ninguna parte.

—Nunca creí que llegaría a ver a Chapman así —susurró Farley al oído de otro de los rancheros—. Incluso parece un buen muchacho.

—Pues es responsable de más de ocho asesinatos.

—¿Y el verdugo?

En aquel momento, como una muda respuesta a la pregunta, la puerta que comunicaba con la dirección de la cárcel se abrió y en ella apareció un hombre vestido de negro.

Sus ojos tampoco parecían mirar a ninguna parte. Sus facciones estaban rígidas. Caminaba como un autómata.

Al llegar a la altura de Chapman, le miró.

Fue solo un instante.

Chapman le escupió a la cara, pero el otro pareció no notarlo. Sus facciones no se alteraron. Ni siquiera sus párpados sufrieron una

sacudida.

—Extraño tipo —susurró Farley.

—Sí, muy extraño —asintió Turkus, mostrándose de acuerdo con su compañero por primera vez.

Sin un solo gesto en falso, sin una precipitación, pero también sin vacilar ni un segundo, el verdugo tensó la cuerda, hizo un lazo, lo puso en el cuello del sentenciado y examinó el conjunto con ojo experto, antes de decidirse a mover la palanca.

Actuaba con tal naturalidad que llegaba a dar la sensación de que aquello era una cosa sin importancia. Ni siquiera había llegado a formarse ese clima espeso, angustioso, obsesionante que precede a las ejecuciones, porque los gestos del verdugo estaban exentos de todo dramatismo.

Parecía como si se dispusiera a efectuar un trabajo rutinario y hasta un poco aburrido, algo que no tenía la menor importancia para él.

Miró otra vez para cerciorarse de que el condenado ocupaba precisamente el centro de la trampilla.

El director de la prisión federal hizo una seña a los testigos para que éstos se acercaran.

Se formó un círculo estrecho, macabro, en torno al patíbulo donde iba a ser ejecutada la sentencia.

Todos habían contenido la respiración. El silencio era tan espeso que hasta se oyó el chirrido de las llantas de un carromato pasando por la ruta de diligencias, a más de cien yardas de allí.

El verdugo alzó la cabeza.

Miraba ahora al director de la prisión, como pidiéndole permiso para terminar la ejecución.

Éste hizo un gesto.

El verdugo puso la mano sobre la palanca que él mismo debía haber comprobado ya varias veces.

Todos entrecerraron los ojos. Y el silencio hubiera seguido siendo aplastante de no ser porque Turkus se atrevió a susurrar:

—Ese lazo no está tenso. El condenado va a durar más de un minuto. ¿Quién decía que ese tío era un maestro?

El verdugo movió la palanca.

Se produjo un «chaask», y la trampilla se abrió instantáneamente. Chapman emitió un leve grito al caer, pero eso

fue todo. El lazo, que parecía dotado de vida propia, le ciñó las vértebras con absoluta precisión. Tuvo una sacudida y nada más. La muerte fue tan rápida, tan poco espectacular, que todos quedaron asombrados.

Incluso un poco defraudados, porque la ceremonia de la muerte de Chapman —cuyo proceso duró dos meses largos, atrayendo la atención de todo el país—, había durado apenas dos minutos, desde que el condenado entró en el patio hasta que dejó de existir.

Y había dejado de existir sin agonía, tan velozmente como si le hubieran clavado un balazo en la nuca.

Farley susurró:

—¿Qué te parece?

—Pues…, pues ha muerto instantáneamente. Desde luego, nunca había visto nada igual.

—Me debes ciento cincuenta dólares.

—De acuerdo.

Ésa fue toda la oración fúnebre que tuvo el cuatrero y asesino Chapman.

CAPÍTULO II

Oklahoma era una tierra donde se nacía y se moría con facilidad. Una tierra áspera, brutal, ingrata, donde de todas las cosas que sucedían, la vida y la muerte de un hombre era lo que tenía menos importancia.

Dos días después de que Chapman hubo pagado sus crímenes en el patíbulo, una muchacha de unos diecinueve años asistía al entierro de su padre.

Mejor dicho, no asistió al entierro, sino que fue ella la única protagonista, la que lo hizo todo, la que tuvo que sufrir todo el peso y todo el trabajo de la macabra ceremonia.

Liz, que trabajaba con sus padres en el mayor rancho de la comarca —precisamente el de Turkus—, hubo de recoger el cadáver muy de mañana, apenas amanecido, y colocarlo en una carreta junto con una pala para abrir la sepultura.

Nadie la ayudó. Nadie se acercó a ella.

Se suponía que su padre había muerto de la peste, y aunque eso estaba por demostrar, había sido aislado, junto con su familia, en un cobertizo situado en los confines más abruptos del rancho. A partir de ese momento nadie le visitó, nadie le prestó asistencia, excepto su hija. Nadie le trajo alimentos ni una medicina.

Turkus se despreocupó de él como se hubiera despreocupado de la muerte de un perro.

Lo único que hizo fue ordenar a sus hombres que si su antiguo empleado o alguno de sus familiares se acercaban al rancho, fuese para lo que fuese, tiraran a matar.

Por eso Liz estaba sola. Por eso, siendo apenas una muchacha, tenía que realizar sola un trabajo que hubiera derrumbado la moral de un hombre.

Su madre no podía ayudarla. Estaba aquejada de la misma enfermedad, y era muy posible que muriese también si alguien no acudía pronto a ayudarla.

Liz empujó el carromato.

Había una fuerte pendiente a la salida del cobertizo, y hubo de empujar con todas sus fuerzas. Doblada como una bestia de carga, sintiéndose desfallecer, las lágrimas de la desesperación se mezclaron al sudor que ya inundaba sus mejillas.

¿Aquélla era la tierra de promisión? ¿Aquél era el Oeste donde aguardaba la fortuna a todos los que fueran trabajadores y valientes?

Una tumba. Eso era Oklahoma. Una sucia tumba donde sólo prosperaban los gusanos y los reptiles.

Con un último y titánico esfuerzo, Liz logró remontar el carromato hasta la llanura.

Las lágrimas seguían quemando sus mejillas.

Claro que ella hubiese podido tener cualquier cosa en aquella tierra, o al menos así se lo habían dicho muchos, entre ellos el ranchero Turkus. Hubiera podido ser rica con sólo pensar que tenía diecinueve años, que era la chica más bonita de la comarca y que más de un ranchero millonario hubiera dado parte de su fortuna por ser el primero en gozar de su belleza. Pero aquél era el único precio que Liz no estaba dispuesta a pagar.

A causa precisamente de su belleza, que Turkus ambicionaba, había pasado a ser blanco de las iras del poderoso ranchero, rechazado una y otra vez. A causa de su cuerpo escultural recibía con frecuencia los insultos de la hija de Turkus, quien no podía soportar que en sus propias tierras hubiera otra mujer más bonita que ella. Y por último, a causa de su belleza, estaba ahora a dos pasos de la muerte.

Porque, ¿qué iba a ser de ella? ¿Cómo conseguiría salvarse cuando la enfermedad la acometiese a ella también?

Llegó con el carromato a un lugar donde la tierra era blanda, y allí se detuvo y restañó el sudor de su frente. Luego, procurando no mirar el cadáver para no perder la serenidad, empezó a abrir la sepultura.

Era un trabajo pesado, ingrato, casi imposible para las débiles fuerzas de una mujer sola.

Pero Liz tenía que hacerlo. ¡Tenía que hacerlo antes de que el sol quemase demasiado, antes de que los buitres empezaran a llegar allí!

Cuando la sepultura fue relativamente honda, depositó el cadáver en su fondo, rezó una oración, mientras las lágrimas le quemaban los ojos, y lanzó la primera paletada de tierra.

Fue entonces cuando oyó a su espalda una voz.

—Hola, Liz:

Ésta se volvió, atónita, porque no había oído llegar a nadie. Vio entonces a una muchacha aproximadamente de su edad, magníficamente vestida con ropas de amazona, quien la contemplaba desde lo alto de su caballo.

Liz apenas pudo susurrar:

—Pero…

No sabía qué decir.

Porque aquella muchacha era la que tantas veces la despreció. Era Sandra, la hija de Turkus.

Sandra descendió ágilmente del caballo y se acercó a ella.

Por primera vez florecía en sus labios una sonrisa. Diríase que era una sonrisa de compasión y amistad.

—Liz… —susurró—. Acércate a mí. Necesito hablar contigo.

CAPÍTULO III

Los tres hombres llevaban varios días cabalgando hacia el norte. Habían atravesado la parte más pedregosa y áspera del país y ahora estaban en la zona donde florecían los ranchos. Todo cuanto se ofrecía ante sus ojos era rico, limpio y verde. De no ser porque allí se adivinaba constantemente el trabajo del hombre, hubiérase dicho que aquella parte de Oklahoma era un pequeño pedazo del paraíso terrenal, donde todo lo que uno podía ambicionar se le ofrecía al alcance de la mano.

Los tres hombres iban cubiertos de polvo, pero sus ropas eran buenas. Los caballos que montaban eran de la más fina estampa, y bastaba mirarlos para comprender que se tenía que haber pagado por ellos un alto precio.

Las sillas eran de cuero repujado y con adornos de plata, unos adornos que imitaban grandes hojas de árbol. También bastaba verlas para darse cuenta del mucho dinero que debían tener sus dueños.

Los revólveres de los tres hombres tenían sus culatas trabajadas en auténtico marfil, y las cajas de sus rifles eran de plata.

Es decir, una sola ojeada un poco atenta bastaba para catalogarlos en seguida.

«Señoritos».

Porque los tres eran jóvenes y tenían aproximadamente la misma apariencia exterior.

Newman, de veintidós años, era alto, rubio, con los ojos tan azules que parecían casi blancos. Eran unos ojos espantosamente fríos, inhumanos, como los de un reptil.

Chester, de veinte años, también alto, pero moreno, de labios gruesos, facciones marcadas y tensas fumaba constantemente

pequeños cigarros habanos que olían a hierba húmeda.

Cole, de veintitrés años, era alto como sus dos compañeros. Usaba un pequeño bigotito recortado. Sus ojos eran chispeantes, reidores y burlones. Continuamente llevaba entre los labios una pajita, que parecía masticar con mucha lentitud.

Vistos de lejos se les hubiera podido tomar por hermanos gemelos, puesto que vestían ropas muy parecidas y montaban caballos de la misma planta. Pero al verlos de cerca, uno se daba cuenta de que existían entre ellos profundas diferencias y al mismo tiempo una cosa que les igualaba.

Esa cosa era su deseo de divertirse, el ansia de vida casi brutal que ponían en todos sus gestos y todas sus actitudes.

Eran de esos jóvenes para los que el único valor de las personas y las cosas consiste en su capacidad para dar placer. Si un edificio les parece más bonito derrumbado que entero, lo derrumban. Si un hombre les divierte más muerto que vivo, lo matan. Sí una mujer les parece bonita y al mismo tiempo difícil, la violan.

Los tres cabalgaban hacia el norte con un objetivo bien preciso, con un solo pensamiento que ansiaban llevar a la práctica.

Pero ahora parecían desorientados entre tantas extensiones verdes y tantos ranchos.

Newman gruñó:

—¿Dónde debe estar la casa que buscamos?

Los tres se habían detenido. Sus ojos escrutaban atentos el horizonte.

—Tiene que ser una casa muy hermosa —farfulló Chester—. Dicen que un verdadero palacio.

—Sí. Pero ¿dónde está?

Cole gruñó:

—Sigamos adelante. Ya la encontraremos.

—Lo peor es que no podemos preguntar a nadie.

—Tal vez si lo hiciéramos con cierto disimulo… —susurró Newman.

—¡Nada! —Gruñó Cole—. Ni una palabra. Yo sé de sobra lo que sucede luego. Me he criado junto a un *sheriff* y he visto ahorcar a mucha gente por haber dicho una sílaba de más. Tú preguntas por alguien, luego a ese alguien le ocurre cualquier cosa y en seguida salen cien mil tíos de no se sabe dónde, cien mil tíos que te han

oído hacer la pregunta. Muchas veces eso basta para llevar a uno al patíbulo. Nada. Mientras estemos aquí, haremos cualquier cosa menos preguntar por esa mujer.

Chester lanzó una maldición en voz baja.

—Bueno, pero llevamos ya mucho tiempo cabalgando. ¡Si al menos supiéramos dónde está la casa!

—No te preocupes. Ya la encontraremos.

Siguieron galopando por la llanura hasta dejar atrás la zona de los ranchos. A partir de allí, la comarca volvía a hacerse agreste y se notaban en ella las huellas inconfundibles del paso de miles y miles de cabezas de ganado.

—Nos hemos estado metiendo en la ruta de las manadas —gruñó Chester—. Estoy seguro de que éste no es el camino. Así no conseguiremos maldita la cosa.

—Espera. Allí podremos preguntar.

En efecto, se veía una edificación de troncos alegremente pintados a la derecha de la ruta. Tenía aspecto de ser una cantina de las que jalonaban los caminos de los ganaderos, y donde se vendían bolsas de comida y botellas del *whisky* más infernal del universo. Los tres jinetes se acercaron poco a poco, ganando confianza al ver que no parecía haber clientes por allí.

—Pero ¿no hemos quedado en que preguntar es una equivocación? —Gruñó Newman—. ¿Y si luego alguien nos recuerda?

Cole se llevó dos dedos al sombrero, como si saludase.

—Nadie nos recordará. Esperad.

Descabalgaron y entraron en la cantina. Los tres tenían las facciones desencajadas a causa de la fatiga, y estaban de un humor de perros después de la larga cabalgada. El ambiente de la cantina, sucio y cargado de malos olores, no contribuyó precisamente a ponerles optimistas.

El dueño de la cantina era un tipo cargado de espaldas que intentó ser amable con ellos al darse cuenta de que llevaban buenas ropas.

—¿Desean comer algo?

—No. Sólo beber.

—¿Qué les sirvo?

—*Whisky*. Pero el mejor que tengas.

El cantinero les sirvió. Cole, después de beber un trago, lo escupió sobre el mostrador.

—¡Esto está hecho con carroña de perro!

—Es… es lo mejor que tengo.

—Pues deberíamos hacer que te lo bebieras todo —dijo ladinamente Chester—, aunque puede que te perdonemos si nos das una información.

—¿Qué clase de información?

—Muy sencilla. ¿Dónde está la casa de los Conan?

—Si sólo es eso… La encontrarán a tres millas de aquí.

Cole se sobresaltó.

—¿De modo que son casi vecinos?

—Sí, claro. Los conozco muy bien. Los Conan son enormemente ricos, y, además, buenos clientes míos.

—¿Y qué es lo que te compran a ti, pasmado? ¿Estiércol para adornar la cuadra?

El cantinero balbució:

—Si buscan a los Conan váyanse cuanto antes… Será mejor para ustedes y para mí.

Cole susurró:

—Sí, desde luego. ¿Cuánto le debemos?

—¿No terminan de beber? Conste que no les echo.

—¿Beber este mejunje? ¿Qué te has creído?

—Está bien. Me deben setenta centavos.

Cole extrajo una moneda de a dólar y la arrojó sobre el mostrador. Cuando el cantinero tendía la mano para recogerla, se encontró de pronto con tres revólveres apuntándole a los ojos.

—Pero… ¿qué ocurre?

—Sencillamente, que tú no vas a explicar a nadie que nos has visto —dijo fríamente Cole.

—Sufren un error… A los Conan los conoce todo el mundo. No hay ningún misterio en esto. No veo por qué tienen que dejar… una víctima… a sus espaldas.

—Después de esta noche nosotros nos esfumaremos de la comarca —susurró Chester—. Nadie debe conocer nuestras señas. Nadie debe saber si somos uno, tres o cinco.

Y disparó fríamente un balazo a menos de tres pasos de distancia, volando la cabeza al hombre.

Cole fue a disparar también, pero Chester alzó la mano para impedirlo.

—Quieto. Será mejor que no encuentren más que una bala. Creerán que se trataba de un solo hombre.

Recuperaron su dólar y salieron del establecimiento, sin tener en cuenta que en el mostrador quedaban no uno, sino tres vasos.

Luego montaron en sus caballos y siguieron avanzando en dirección a la casa de los Conan, aunque no pensaban llegar allí hasta la noche. Se ocultarían en algún lugar de las cercanías en espera del momento oportuno.

Newman preguntó:

—¿Cómo irá vestida la chica?

—¿La chica? ¡Lo que habrá que ver es lo que durarán sus ropas!

Y los tres, tensándose sobre las sillas de sus caballos, lanzaron a la vez una brutal carcajada.

CAPÍTULO IV

La casa, o más bien dicho, la mansión de los Conan, era una de las más ricas de Oklahoma. Aunque estaba cerca de la ruta ganadera y aparentemente en un lugar poco grato, la verdad es que ocupaba una colina enteramente cubierta de arbolado, y desde sus magníficas torres, estilo europeo, se divisaba una enorme extensión de terreno. El viejo Conan veía desde ellas el paso de las manadas, muchas de las cuales eran de su propiedad. Tal era la causa de que hubiera situado su residencia cerca de la ruta ganadera.

La casa constaba de dos pisos, tres torres y un sinfín de habitaciones a cuál más lujosamente amueblada. Conan, infatigable viajero, había traído allí lo mejor de cada país, y por eso había en sus salones figuras de porcelana china, mantones filipinos, lámparas de Bohemia, muebles trabajados en laca por los artífices de Ceilán y cuadros pintados por artistas españoles e italianos del Renacimiento, que por sí solos valían una auténtica fortuna.

El Oeste era, en efecto, una tierra salvaje y áspera, pero el que lograba triunfar allí triunfaba como en ningún otro lugar del mundo. Algunos ranchos eran un auténtico imperio, y Conan, por ejemplo, vivía bastante mejor que algunos monarcas europeos.

Lo que sus hombres comentaban era una sola cosa:

—¿Qué pasará con todo esto cuando los viejos mueran?

—¿Quién diablos se lo va a quedar?

—Es una lástima que Conan nunca haya tenido hijos.

Algunos vaqueros comentaban:

—A lo mejor lo reparten todo entre nosotros.

—¡Quía! Ya encontrarán algún pariente a quien dejarlo todo, descuida.

Y la verdad era que los que habían hecho este último comentario

iban a tener razón.

* * *

Aquella noche se daba en casa de los Conan una soberbia fiesta.

Nadie recordaba algo parecido en los anales del joven estado de Oklahoma. Conan había gastado a manos llenas, hasta conseguir que en su mansión hubiera esa noche lo mejor de lo mejor, desde los más exquisitos manjares a los más renombrados músicos, desde los más ilustres políticos y miembros del Gobierno, a las más hermosas mujeres.

En los salones de Conan se habían dado cita los senadores, los miembros del Congreso que residían en Oklahoma, los generales jefes de las guarniciones y todos los *sheriffs* de los condados vecinos.

Cualquiera hubiese dicho que aquél era el lugar más seguro del mundo y que era imposible que allí se cometiese una transgresión de la Ley.

Pero tres hombres acechaban en las cercanías. Tres hombres llamados Newman, Chester y Cole.

Luego volveremos a ocuparnos de ellos.

* * *

Quizá el único hombre que llegó sólo aquella noche a la mansión de los Conan fue aquel tipo alto, de cabellos negros, ojos duros como el metal y manos que parecían de acero.

Todos los invitados llegaban con su pareja, e incluso los que eran solteros o viudos se habían buscado compañía para no desentonar en la fiesta. Únicamente aquel hombre vino solo, tan sólo como un muerto.

Y la verdad era que, no se sabía por qué causa, sus ojos fríos, acerados, quietos, hacían pensar en la muerte.

Hacían pensar en algo que helaba la sangre.

Quizá por eso el criado que recogía las invitaciones en la puerta quedó como petrificado al verle aparecer.

Contempló sus ojos, pero en seguida tuvo que desviar la mirada.

—¿Su invitación, señor?

—No llevo.

—¿No está invitado, señor? En tal caso quizá debe haber una

equivocación.

—No la hay. Yo he sido invitado verbalmente por el señor Conan y voy a vivir un par de días en esta casa. Dígale, por favor, que ha llegado Dale Benson.

—Desde luego. Un momento, señor.

A pesar de que el recién llegado no iba vestido tan elegantemente como los otros, pues se limitaba a llevar unas correctas ropas negras, había algo en él que infundía temor y un instintivo respeto. Por eso el criado no vaciló ni un solo instante.

Conan sonrió cuando le dieron el recado.

—Sí, claro. Yo esperaba al señor Dale. Es uno de nuestros invitados más especiales y más ilustres… Dile que pase. O mejor, yo mismo saldré a recibirle.

Conan, personalmente, salió a recibir en la puerta a Dale Benson y le condujo hacia el interior de los salones.

Puesto que esta especial atención no la había tenido con casi nadie, hubo bastantes comentarios al ver entrar al desconocido.

—¿Quién es ése?

—No sé, no le conozco.

—¿Algún político?

—No puede ser. Los políticos somos muy conocidos en la comarca, y a ése jamás le he visto.

—¿Quizá un nuevo *sheriff*?

—Eso es lo más seguro. Tiene ojos de pistolero, pero de todos modos no creo que sea un *sheriff*. Todos los de las cercanías están aquí, y a uno de muy lejos no había razón para invitarle. Además, date cuenta de que los representantes de la Ley tampoco parecen reconocerle. Algunos le miran con curiosidad.

El caso es que la figura del recién llegado fue causa de comentarios hasta que los invitados pasaron al *buffet,* donde había manjares fríos en tal cantidad, que allí hubiera quedado harto todo un ejército de gargantúas. Dale se limitó a probar algunos de aquellos alimentos y a beber un par de copas de champaña, pero no entabló conversación con nadie.

Parecía ausente de todo y de todos, como si viviera en otro mundo, y solamente sus ojos chispearon un poco cuando Conan, el dueño de la casa, subió a la tarima de la orquesta junto con una muchacha.

La muchacha era tan bella, tan soberbiamente bien formada, tan elegante y tan distinguida, que al verla todos los hombres contuvieron la respiración, mientras las mujeres lanzaban un suspiro de fastidio y de envidia.

Conan dijo en voz alta:

—Señoras y señores, tengo el gran honor de presentarles a mi sobrina Turkus, en cuyo honor se da esta fiesta. Como todos ustedes deben saber, Sandra es única hija del conocido y prestigioso ranchero Turkus.

Hubo un murmullo de admiración, causado mucho más por la belleza de la muchacha que por las palabras del potentado.

Éste continuó:

—Sin duda les extrañará que yo no hubiese tenido antes contacto con mi sobrina Sandra, pero ello tiene una explicación. Mis constantes viajes y la importancia de mis negocios me han impedido hasta ahora disponer de tiempo libre para dedicarlo a mi única familia, la cual, a pesar de vivir cerca de aquí, me era prácticamente desconocida.

Hizo una pequeña pausa, dejando resbalar su mirada por la concurrencia, formada por las personalidades del Estado, y prosiguió:

—Pero hoy quiero reparar este error. Por ello celebro esta fiesta en honor de mi sobrina Sandra, a la cual celebraría tratasen y estimasen todos como si fuese mi propia hija.

Un rumor de admiración y de envidia se extendió entre los concurrentes, muchos de los cuales se adelantaron hacia la tarima a saludar a la recién presentada. Algunos jóvenes de buenas familias, ¿cómo no?, lo hicieron con la esperanza de iniciar una amistad que podría terminar con una excelente boda.

Porque nadie dudaba de que aquella presentación de su sobrina por parte del viejo Conan equivalía a nombrarla su heredera universal.

—Lo extraño —dijo un senador a otro—, es que Conan se haya decidido tan tarde a salir con ésas. No parece lógica su actitud. ¿Por qué distingue y nombra heredera a una sobrina a la que ni siquiera conocía? ¿Y por qué no la conocía, si ambas familias viven apenas a ochenta millas de distancia?

Un periodista que era testigo de la conversación, lo explicó:

—Es que ambas familias eran enemigas hasta ahora.
—¿Cómo?
—¿Qué?
—Desde luego, esta situación no ha sido nunca dada a la publicidad —siguió diciendo el periodista—, pero entre Turkus y nuestro buen amigo Conan existía una fuerte rivalidad, a causa de que cada uno de ellos aseguraba ser más rico que el otro. Bien es verdad que Conan es mucho más poderoso y más importante, y por eso apenas se hablaba con la otra familia. No se visitaban nunca. Pero ahora, Conan se siente viejo y ha llegado a un acuerdo con Turkus.
—¡Hum! Eso es muy interesante. ¿Qué clase de acuerdo?
—Unirán prácticamente sus propiedades, de modo que entre los dos dominarán casi todo el comercio de esta región, imponiendo los precios que más les convengan. Los beneficios serán cuantiosos, pero no terminan aquí las ventajas. Puesto que Conan no tiene hijos, será atendido en sus últimos años por su sobrina Sandra, a la cual nombrará luego su heredera universal. Por eso se ha dado esta fiesta tan importante.
Uno de los senadores comentó:
—¿Pero no decían que Sandra, esa muchacha, tenía un carácter muy difícil y que no se podía vivir junto a ella?
—Sí, eso comentaban, pero no debe ser cierto. Fíjese en ella. Tiene un aspecto muy sencillo y que parece todo bondad.
En efecto, bastaba mirar a la muchacha para darse cuenta de que contestaba con amabilidad a todo el mundo y de que incluso parecía sentirse turbada por tantos agasajos.
Aparentemente era muy sencilla, casi candorosa.
—Debe querer engañar a su tío —dijo malignamente uno de los senadores—. Teniendo en cuenta la fabulosa fortuna que va a heredar, vale la pena hacer comedia una temporada.
En aquel momento la muchacha era asediada para bailar por varios pretendientes, todos los cuales se disputaban el honor de iniciar con ella la serie de valses que iba a interpretar la orquesta.
La muchacha parecía no saber a quién complacer, y al fin hizo algo completamente inesperado.
Señaló a Dale, que estaba negligentemente apoyado en una de las columnas, sin mirarle siquiera, y dijo:

—Lo siento, pero el primer vals lo tenía comprometido con ese caballero.

Dale, que iba a beber un poco de champaña, se quedó tan atónito que por poco saca el líquido por las orejas.

Pero no podía dejar en mal lugar a una dama, y por eso susurró, fingiendo naturalidad:

—Cierto… Creí que no lo recordabas, querida.

—Ya ves que sí… Cuando tú quieras.

Le ofreció su talle, y él, ciñéndola suavemente, se lanzó a bailar hacia el centro del salón. La verdad era que ninguno de los dos danzaba muy bien el vals, pero la gente no se fijó en eso.

Algunas mujeres despechadas, murmuraron:

—Está muy hermosa, pero no tiene estilo.

—Fíjate… El vestido le cae bien, pero si una lo mira mucho tiene la sensación de que no ha sido hecho para ella…

Y algunos hombres de los que no habían sido escogidos para la danza, hicieron sus comentarios también:

—¿Por qué diablos habrá elegido a ese tipo?

—¿Y quién es? ¿Quién lo había visto antes?

—Ni idea…

—Tiene pinta de pistolero.

—No va muy bien vestido, además… ¿Quién diablos será? Parece que nadie le conoce…

Precisamente en aquel momento, Dale preguntaba a la muchacha:

—¿Por qué me has escogido a mí y has dicho que teníamos comprometido este baile? Sabes perfectamente que no nos conocemos…

—Lo he hecho porque todos esos hombres me daban miedo.

—¿Miedo?

—Sí, un miedo especial. Todos son excelentes bailarines y personas de mundo. Temía no quedar bien ante ellos.

—¿Y yo soy distinto?

—Sí. Tú eres… Bueno, da la sensación de que esto te importa muy poco. Yo diría que estás aquí por casualidad.

—Así es.

—¿No te ha invitado Conan? He visto que antes te recibía personalmente. Debéis ser grandes amigos…

—No le había visto en mi vida.

Ella, que en aquel momento estaba a punto de dar una de las vueltas del vals, quedó como paralizada.

—¿No… le conoces?

—No.

—¿Entonces, por qué te ha invitado?

—Existe una razón muy especial.

—No serás uno de esos pistoleros que de vez en cuando contrata para que le protejan…

—No.

La muchacha le miró atentamente a los ojos. Miró aquellos ojos duros, fríos y crueles.

—Entonces, ¿quién eres? —preguntó.

—¡Bah! ¿Eso qué importa? Nos hemos conocido esta noche y ya no volveremos a vernos más. Mañana no te acordarás de mí.

—No… Yo tengo muy buena memoria para las personas. Demasiada a veces… Y hay seres a los que no puedo olvidar. ¿Por qué no me dices qué haces aquí? ¿Quién eres realmente?

Él sonrió suavemente, con una especie de cansancio.

—¿De veras quieres saberlo?

—Te lo he preguntado ya dos veces, ¿no?

—Pues bien —dijo Dale con mucha suavidad—, ya que te empeñas, voy a complacerte. Soy el verdugo de la prisión federal de Oklahoma…

CAPÍTULO V

Ella quedó tan rígida, tan envarada que Dale la sintió en sus brazos tensa como un arco a punto de dispararse.

—¿Un verdugo? —balbució.

—Exacto. Y supongo que ya sabes lo que eso significa.

Ella se llevó una mano a los ojos, perdiendo el compás del baile.

—¿Te sientes mareada?

—No…, no sé lo que me ocurre…

—¿Quieres que salgamos al jardín? ¿O prefieres que te deje?

Durante algunos segundos, dos sentimientos distintos parecieron luchar en el corazón de la muchacha, pero al fin se impuso la curiosidad. Jamás había hablado con un verdugo.

—Vayamos al jardín —susurró—. Y espero que la gente no lo comente demasiado.

—A mí la gente me importa muy poco —susurró Dale—. Y en cuanto a ti, eres lo bastante bonita para estar por encima de las murmuraciones.

Salieron.

Parte de la colina había sido convertida en un cuidado jardín, donde los senderos entre los árboles producían una dulce y encantadora sensación de soledad.

No se veía a nadie allí. En cuanto se alejaron un poco, dejó de oírse la música. Bruscamente los dos, pero sobre todo ella, tuvieron la sensación de encontrarse muy lejos del mundo civilizado.

—No tienes nada que temer —dijo él, al notarlo—. Las sucias manos de un verdugo no se atreverían a posarse en el cuerpo de una muchacha tan bonita.

—Un verdugo…, ¿pero cómo es posible? ¿Cómo llegaste a serlo?

—Me ofrecí voluntario.

—¿Tú… voluntario?

La muchacha iba de asombro en asombro. Y hasta empezaba a sentir en su espalda, ante las palabras de Dale, una fría sensación de horror.

—Tenía que matar a cuatro individuos. Los cuatro habían sido legalmente condenados, pero quería matarlos yo.

—¿Tú precisamente? ¿Por qué?

Él se encogió suavemente de hombros, mientras ponía entre sus labios un delgado cigarro. Pero no se acordó de prenderle fuego.

—Ésa es una historia macabra que no interesa a una muchacha como tú —dijo con lentitud.

—Te lo preguntaré de otro modo. ¿Quiénes eran esos hombres?

—Uno se llamaba Rich, el otro Menday.

—Has dicho cuatro. Faltan dos…

—El tercero se llamaba Chapman.

—Chapman… Lo oí nombrar. Un famoso cuatrero y asesino. Lo ajusticiaron hace muy poco, ¿no?

—Justo, así es.

—¿Lo… hiciste tú?

—Naturalmente.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que ésa es una historia demasiado macabra para que tú te molestes en conocerla. Pero quizá te tranquilice saber que no hago sufrir a los condenados. Tengo fama de hacer los lazos con tanta habilidad que mueren en un segundo, apenas se abre la trampilla bajo sus pies, sin notar siquiera que aquello es el fin.

Ella se sentía invadida por una mareante sensación de angustia, pero aún preguntó:

—¿Quién es el cuarto hombre? ¿Cuándo lo mataste?

—Ése aún ha de morir.

—¿Quieres decir que has venido a…, ejecutarlo?

—Sí.

—¿Y qué tiene que ver Conan con eso?

—Tu tío sentía deseos de conocerme y me ha dado hospedaje en su casa. Eso es todo.

La muchacha tuvo que apoyarse en el árbol junto al cual estaban, porque acababa de dominarla una brusca sensación de vértigo.

Ninguno de los dos, ni Dale ni ella, se dieron cuenta de que tres sombras se deslizaban sigilosamente, con cautela de serpientes, hacia la zona del jardín en que ellos se encontraban.

Esas tres sombras pertenecían a los hombres que los lectores han empezado a conocer bien. Las sombras de Newman, de Chester y de Cole.

Los tres reptaban por el suelo, sin producir el menor ruido.

Por fin, Cole se detuvo.

—Está ahí…

—¿Es ella?

—Tiene que serlo por fuerza. Yo mismo he oído desde una de las ventanas cómo su tío la presentaba… Es Sandra Turkus, no hay duda.

Newman se pasó la lengua por los labios, que se le habían secado casi por completo.

—Pues es lo más hermoso que he visto en mi vida…

—Y lo más tentador.

—Hemos tenido una suerte fantástica. No creí que ella saliera hasta un lugar tan solitario. Las cosas se nos han puesto mejor de lo que esperábamos…

—Y ese tipo que la acompaña, ¿quién es?

—Sea quien sea, es un hombre solo. Y no va armado…

Cole alzó levemente un brazo.

—Cuidado… Hay que obrar conjuntamente para que no se produzca el menor ruido. Newman y yo atacaremos al hombre por la espalda. Tú, Chester, tapas la boca a la chica. Tiene que ser todo muy rápido y preciso, porque si ella grita todo estará perdido.

—¿No hay nadie más por aquí?

—Nadie… ¡Vamos!

A pesar de encontrarse a unos doce pasos de la pareja, los tres hombres se movían con tal sigilo y hablaban en voz tan baja que resultaba imposible oírles. Es cierto que Dale, caso de haber estado alerta, hubiese notado algo, pero en estos momentos lo último que se le podía ocurrir en este mundo era que alguien fuese a atacarle.

Cole avanzó unos pasos, evitando que le delatase incluso el crujido de una ramita seca.

Newman fue tras él. Los dos habían desenfundado sus revólveres. Chester fue por el otro lado.

En el instante decisivo contuvieron la respiración.

La chica era tan bonita, tan pura y al mismo tiempo tan distinguida, que los ojos de los tres hombres brillaban de deseo y de fiebre de venganza, como en la noche brillaban los ojos de las fieras.

De pronto, Cole calculó que podían llegar de un salto hasta su objetivo.

Levantó el brazo para dar la señal.

¡Y saltó!

En el último segundo, Dale creyó percibir un ruido sospechoso a su espalda. Su instinto de hombre habituado a vivir en el Oeste se despertó en fracciones infinitesimales de tiempo, y se volvió con la rapidez de una auténtica fiera. Pero ya era demasiado tarde.

Dos hombres habían levantado sus culatas a la vez, y él sólo tuvo tiempo de mover las manos para detener el golpe que iba a propinarle Newman. El de Cole llegó, sin embargo, a su destino. Dale sintió el impacto en la frente y todo pareció darle vueltas en torno suyo. Tuvo que soltar a Newman e intentar cazarlo con un gancho al mentón, pero su golpe desesperado se perdió en el vacío. Newman pudo dejar caer la culata también. Ahora el impacto repercutió en el cerebro de Dale, que cayó de bruces mientras el mundo entero se ponía a girar vertiginosamente en torno a él.

Al propio tiempo, Chester no había perdido su oportunidad.

Su trabajo era el más fácil, pero requería precisión y nervios. Saltó sobre la chica en el momento en que ésta iba a gritar, y le tapó brutalmente la boca. El grito que ella iba a lanzar se transformó en un estertor apenas audible a dos pasos de distancia.

Cole susurró entonces:

—¡No conviene que estorbe! ¡Dale un buen golpe en la nuca y luego amordázala bien!

Chester lo hizo así, y la muchacha quedó colgando en sus brazos como un fardo. Pero era el fardo más delicioso que aquel canalla había tenido jamás entre sus manos. De un modo hábil, empleando el pañuelo que siempre llevaba al cuello, la amordazó.

Cole dijo:

—Venga. Abajo.

—¿Qué hacemos con ese tipo?

—Siento no llevar un cuchillo, porque lo degollaría sin hacer

ruido. Pero no podemos alarmar ahora a todo el mundo con un disparo. Hala, aligerad. Él tiene, al menos, para quince minutos.

Llevándose a la muchacha entre los tres, descendieron entre los árboles. Nadie les había visto ni oído, de eso estaban seguros. La única parte difícil del «trabajo» había terminado ya.

En la parte oeste del jardín, en la zona más retirada del mismo, había una vieja cuadra que nadie empleaba ya. Y hacia allí se dirigieron sigilosamente las tres sombras, con rapidez de reptiles, llevando entre los brazos la figura blanca de su prisionera.

CAPÍTULO VI

Esperaron a que la muchacha recuperara el sentido. Lo que querían hacer era mucho más sugestivo, mucho más placentero con una mujer que pudiera darse cuenta.

Ella quizá estuvo unos cinco minutos sin recuperar el conocimiento. Cuando al fin pudo hacerlo, la primera sensación que tuvo fue la de dureza. Se dio entonces cuenta, de una manera confusa, de que estaba derribada en un suelo de tierra apisonada.

Cerca de allí debía de haber paja, porque se percibía su olor ligeramente agrio.

La segunda sensación que tuvo fue de frío.

¿Frió? ¿Pero por qué frío? ¿No hacía una noche muy serena, casi cálida?

Abrió entonces los ojos del todo, con una terrible sospecha, y de pronto fue a lanzar un grito de horror, pero no pudo, porque su boca estaba amordazada férreamente.

Se vio a sí misma. Se vio a sí misma en el suelo, cerca de la paja.

Sus ropas habían desaparecido casi por completo.

Le habían atado las manos a la espalda.

Y los tres hombres estaban allí, encorvados, sedientos, babeantes, mirándola con ojos donde brillaba el fuego del mismo infierno.

Sus manos ávidas se tendían hacia su cuerpo.

Seis manos.

Ella fue a gritar, fue a suplicar, a decir que no les había visto nunca, que aquello no tenía sentido, pero las manos empezaron a tocarla. Las manos, al posarse en su piel, la mancharon para siempre.

La mordaza la impedía gritar. Las venas del cuello estuvieron a

punto de estallar a causa del esfuerzo terrible, pero de su garganta no brotó ni un solo grito.

Newman susurró ansiosamente:

—Es más bonita de lo que creía…

Y Cole, siempre sereno y siempre dueño de sí, aconsejó:

—No nos precipitemos, amigos… Hay tiempo. Seguro que no la echarán en falta hasta dentro de quince minutos al menos… A ver. Empieza el que saque con los dados el punto más alto.

Los otros accedieron, sin dejar de mirar a la muchacha, que se convulsionaba inútilmente.

Cole ganó.

CAPÍTULO VII

Cuando Dale empezó a recobrar el sentido y abrió los ojos, una especie de nube roja le obligó a cerrarlos otra vez instantáneamente. La nuca le dolía como si le hubieran clavado en ella un hierro al rojo, y de la frente le manaba abundante sangre. Aquél era el origen de la nube roja que le había tapado la vista.

Se incorporó pesadamente, sintiendo una flojedad extraordinaria en todos sus miembros. Dos veces estuvo a punto de caer de nuevo, pero su extraordinaria potencia física, y un poco, también, de odio que sentía, le hicieron ponerse en pie.

Fue entonces cuando sus sentidos se despabilaron casi por completo.

Oía voces roncas, gritos, amenazas. ¿Amenazas?

Alguien gritaba contra él. Alguien le estaba insultando a muy poca distancia.

Abrió de nuevo los ojos y vio frente a él a un grupo de hombres muy bien vestidos. En el primer instante no comprendió, porque le era imposible recordar dónde estaba. Pero luego se acordó de la fiesta, de la muchacha que había estado junto a él…

Las voces se hicieron más concretas:

—¡Cerdo, bandido! ¿Qué has hecho con Sandra?

—¡Ella estaba contigo!

—¿Dónde la has metido? ¡Habla o te lincharemos aquí mismo!

—¿Qué significa esa sangre?

Dale, menos aturdido cada vez, vio que uno de los que hablaban era Conan, el dueño de la casa.

—No lo sé, señor Conan.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Sólo recuerdo que alguien me golpeó… Yo llegué a ver dos

hombres, pero es probable que hubiera algún otro… Luego ya no he vuelto a sentir más. Hasta ahora.

—¿Y Sandra? ¿Es que una mujer puede evaporarse así como así?

—No puedo recordar… Yo me volví hacia los dos hombres para repeler el ataque que iban a hacerme por la espalda, y dejé de verla a ella. Seguramente se la llevaron.

—¿Pero no gritó?

—Resulta fácil evitar que una mujer grite, si se tiene mucho interés en ello.

—¿Pero dónde está Sandra? ¡Habla o te descuartizamos! ¡Tú eres el último que estuvo con ella!

Uno de los que hablaban, queriendo hacerse el valiente, se había adelantado con exceso, sujetando las solapas de Dale. Éste movió el brazo derecho, en un salvaje gancho, y la cabeza de aquel hombre saltó hacia atrás como fulminada por una catapulta. No volvió a levantarse.

Fue entonces cuando Dale se dio cuenta de que estaba recuperado del todo. Sus ojos llamearon.

—Si alguien más se acerca demasiado, seguirá el mismo camino. Y es posible que me decida a pegar incluso un poco más fuerte. ¡El que quiera hablar que hable, pero con las manos quietas! ¡Si seguimos por este camino no acabaremos nunca! ¿Han pensado que pueden haberse llevado a Sandra lejos de aquí, y que estamos perdiendo un tiempo precioso?

El aplastante razonamiento, unido a la fuerza que Dale había demostrado con los puños, aplacó las iras del grupo. Además, incluso los súper excitados se dieron cuenta de que la herida en la nuca no se la había podido causar él mismo, por lo que fueron comprendiendo que las palabras de Dale tenían que corresponder a la verdad.

Conan masculló:

—¿Tiene alguna idea de la dirección que pueden haber seguido?

—No, pero sin duda habrá huellas. ¡Traigan antorchas! ¿Es muy grande este jardín?

—Tiene varias hectáreas.

—De todos modos hay que investigar. ¡Y en seguida! ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Como por encanto surgieron varias antorchas, iluminando los

trechos entre los árboles. Un verdadero enjambre humano se puso a investigar. El odio crispaba las facciones, y el deseo de matar brillaba en muchos ojos. Si en aquel momento llegan a estar allí Newman, Cole y Chester, lo único que se hubiera podido hacer por ellos hubiese sido rezar por sus almas.

Como casi todos los que estaban allí habían vivido en la pradera, pese a ocupar actualmente altos cargos, las huellas fueron descubiertas muy pronto.

—¡Aquí!

—¡Aquí!

—¡En este sitio hay algunos arbustos tronchados!

—¡Seguidme!

Fue cuestión de minutos ir siguiendo el rastro hasta Ilegal a la antigua cuadra. Conan y el propio Dale fueron la primeros en poner el pie en el umbral. Y lo que vieron leí hizo quedar paralizados, con las bocas entreabiertas por la furia y el horror.

La muchacha estaba allí.

¿Pero estaba, realmente? ¿Era de verdad ella?

¿O era lo que queda de una mujer cuando lo ha perdido todo, absolutamente todo?

No sólo era por sus ropas hechas jirones. No sólo por sus cabellos desordenados. No sólo por sus ojos espantosamente quietos, donde empezaba a leerse una chispita de locura.

Era también por la sangre.

La habían apuñalado, y por la herida del pecho estaba perdiendo la vida. Apenas podía sostenerse sobre un codo, mientras miraba como una alucinada hacia la puerta.

Dale aulló:

—¡Pronto, un médico! ¿No habrá un médico entre ustedes?

Un hombrecillo pomposamente vestido se adelantó.

—Yo soy el doctor Stanley.

—¡Vea a esta muchacha! ¡Vea la herida del pecho!

El médico se arrodilló, extrajo un pañuelo limpio de su levita y taponó la herida. Mientras gritó:

—¡Pronto, mi maletín! Siempre lo llevo conmigo. Está en el guardarropa de la casa…

En ese momento la muchacha perdió el sentido.

El doctor Stanley la miró atentamente y auscultó su corazón con

una mueca de ansiedad impresa en el rostro. Mientras tanto le trajeron el maletín. Cuando levantó la cabeza parecía ya más tranquilo.

—Gracias a Dios, es joven y hemos llegado a tiempo —susurró —. Un par de minutos más y ya no le habría quedado en el cuerpo sangre suficiente para sobrevivir.

—Pero…, ¿cree que lo resistirá? —preguntó ansiosamente Dale.

Aquel tono de ansiedad, de angustia, le sorprendió a él mismo. Jamás creyó que volvería a preocuparse tanto por una mujer.

—Sí —dijo el médico—, vivirá, aunque, por lo que veo, a la pobre quizá le hubiese convenido morir…

* * *

El hombre tenía las manos grandes, la barbilla puntiaguda, los ojos de hielo.

Se llamaba Bradley.

Era un pistolero profesional, o más exactamente, un asesino a sueldo, conocido en todo el centro de los Estados Unidos. Por un puñado de dólares no le importaba matar a una mujer indefensa, y en realidad lo había hecho más de una vez.

Muchos condados habían puesto precio a su cabeza, pero en Oklahoma estaba en paz con la Ley…, por el momento.

En Oklahoma no sólo no corría peligro, sino que había sido invitado a su propia casa por el poderoso ganadero Conan.

Conan estaba lívido. No habían transcurrido aún seis horas desde que descubrieron a la muchacha en la vieja cuadra, y ahora ella estaba sumida en una gran postración a causa de la pérdida de sangre. Durante varios días quizá no podría ni abrir los ojos. Pero Conan se había puesto ya en movimiento, porque en aquella clase de asuntos no convenía perder un minuto.

—¿Me ha mandado llamar? —preguntó suavemente Bradley.

Hablaba siempre sin alzar la voz. Y con la misma suavidad mataba.

—Sí, Bradley. Me he enterado de que casualmente estaba usted en Oklahoma y he querido verle cuanto antes. Si es tan bueno con el revólver como dicen, usted es el hombre que estoy buscando.

Bradley dijo sencillamente:

—Soy bueno con el revólver.

—Quiero que mate a alguien.
—¿Un hombre?
—Tres.
Bradley parpadeó solamente una vez, con mucha suavidad y sin demostrar el menor asombro.
—¿Cómo sabe que son tres?
—Una mujer a la que han…, bueno, a la que han hecho algo que no quiero nombrar, ha dicho que eran tres. E incluso ha dado un poco su descripción. Jóvenes, altos, fuertes, vestidos con buenas ropas. Por otra parte, un cantinero que tiene su establecimiento cerca de aquí fue asesinado ayer. Lo he sabido hace poco. En su cuerpo había una sola bala, pero sobre el mostrador se alineaban tres vasos.
—Ajá…
—¿Es usted capaz de matar a tres hombres?
—¿He de hacerlo de frente?
—Puede hacerlo como quiera. Juntos o por separado, de frente o por la espalda, disparándoles desde un tejado o desde el agujero de una cloaca. Puede matarlos como mejor le plazca, pero ¡tráigame sus carroñas! ¡Tráigame lo que quede de ellos y nadará en oro por todo el resto de su perra vida, Bradley!
—¿Cuánto es según usted, «nadar en oro»?
—Cinco mil dólares.
—Seis. Dos mil por cada conejo.
—Hace.
—La mitad por adelantado.
Conan abrió un cajón de su mesa de despacho, extrajo un talonario de cheques y rellenó uno con mano nerviosa.
—Tome. Puede cobrarlo a partir de las nueve de la mañana. Cuando me traiga los pedazos de esos buitres le daré el resto.
Bradley tomó el talón, lo dobló cuidadosamente y se puso en pie.
—Considérelos muertos, míster. Y hasta, si quiere llorar un poco por ellos, le presto mi pañuelo.
—¿Tan seguro está de…?
—Tres hombres juntos dejan muchas huellas, aunque luego quieran separarse. Los pescaré, aunque se hayan ocultado en el mismo infierno, míster. La lástima es que no puedan verme, porque

los mataré por la espalda.

Bradley dijo aquello con absoluta naturalidad, mientras acariciaba las culatas de sus revólveres.

—No se arrepentirá de haber contratado a un honrado asesino, míster. Buenas noches.

Y salió pausadamente de la habitación, mientras Conan se quedaba con la boca abierta.

CAPÍTULO VIII

No llegó muy lejos.

Apenas había traspuesto la puerta de la habitación cuando se encontró con aquellos ojos metálicos, crueles, hipnóticos.

Bradley arrugó el gesto.

—¿Usted no es Dale, el verdugo de Oklahoma?

—Sí.

—¿Y qué hace aquí? ¿Quiere estrenarse conmigo?

—No, Bradley; no voy a hablar ahora de cuerdas, sino de negocios. ¿Quiere venir conmigo?

Con una experta mirada, Bradley se fijó en que su enemigo iba desarmado.

—¿Cómo no? Vamos.

Salieron al enorme jardín de la casa, sobre la cual empezaba ya a insinuarse la aurora. Dale fue directamente al grano, sin perder un minuto:

—¿Para qué le ha llamado Conan?

—¿Para qué se llama a un asesino como yo?

—Tiene que matar a tres hombres, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Voy a ofrecerle un trato, Bradley.

—Desembuche.

—¿Cuánto le han dado?

—Ocho mil.

—A otro perro con ese hueso, Bradley. Conozco de sobra su tarifa. Son dos mil machacantes por pájaro muerto, o sea que usted le habrá pedido seis mil.

—Bueno, supongamos que sí. ¿Y qué?

—¿Cuánto le ha dado de anticipo?

—Tres.

—Yo tengo algún dinero, Bradley. Le ofrezco mil machacantes más, al contado, para que no mate a esos hombres.

—¿Para… que no los mate?

—No. Es un trabajo que quiero tener el honor de hacer yo mismo.

—¿Por qué?

—Asunto personal.

Bradley arqueó una ceja.

—Pero yo pierdo dos mil dólares…

—Al contrario, amigo. Gana cuatro mil sin hacer absolutamente nada. De lo único que tiene que preocuparse es de dejarme el campo libre.

La ceja que Bradley había arqueado volvió a su posición normal.

—Yo soy un asesino honrado —dijo suavemente—. Cuando doy palabra de hacer un «trabajo», lo hago bien.

—Yo lo haré mejor. Le doy mi palabra de que presentaré a Conan las pieles de esos tres reptiles.

—¿Y cómo sé que es capaz de hacerlo?

—Marche tranquilo, Bradley.

—Diga…, ¿cómo sé que es capaz?

—Usted los hubiera matado por la espalda, Bradley. Yo los mataré de una manera mucho más digna y suave… Los ahorcaré. Pero cuando cuelguen de la soga ya no tendrán manos para defenderse. Antes se las habré atravesado con plomo.

—Eso es muy fácil de decir, amigo.

—¿Quiere que se lo pruebe? ¿Quiere situarse a quince pasos?

—¿Está loco, verdugo de los infiernos?

—Sólo quiero probarle que no fanfarroneo.

Bradley se encogió de hombros mientras echaba a andar hacia atrás, es decir sin perder de vista a Dale. Tendría que matarle, pero ¿y qué? ¿Qué importancia tenía dejar en su camino un hombre más con la cabeza partida en dos mitades?

Cuando estaba a quince pasos susurró:

—Voy a tirar a matar, verdugo. Lo siento por ti. Despídete de la soga.

Movió ambas manos con rapidez centelleante, pero cuando iba a tocar las culatas, éstas saltaron en pedazos, mordidas por el plomo.

Bradley, aullando, retiró los dedos como si éstos hubieran tocado fuego.

—Pe… pero —balbució.

—¿Cree que soy capaz de hacerlo, Bradley?

—Di… diablos…, sí.

Y fue a marcharse, pero Dale le interrumpió:

—Quieto. Aún le debo una cosa.

—¿Qué…, que me debe?

—Mil dólares.

—B… bueno. ¿Y qué le parece si añadimos algo por los dos revólveres que me ha hecho polvo?

Dale le entregó mil cien.

Y desapareció tragado por las últimas sombras de la noche.

CAPÍTULO IX

Estaba amaneciendo ya de una forma clara cuando Dale se presentó en la oficina del *sheriff*. Y a pesar de lo desacostumbrado de la hora, el representante de la Ley se encontraba ya sentado tras su mesa.

Al ver a Dale susurró:

—¿Qué quiere?

—He venido a pedir permiso para no ahorcar a Curtis.

—¿Por qué? ¿No quiere hacerlo usted?

—No.

—¿No es el verdugo?

—En efecto, pero…

—Me dijeron que acababa su cargo después de esa ejecución, pero ni un minuto antes.

Dale apoyó ambos puños sobre la mesa, inclinándose un poco hacia el *sheriff*.

—Óigame bien, hombre de la estrella. Tengo algo más importante que hacer, mucho más importante que colgar a Curtis, lo cual, por otra parte, sabrá realizar cualquier vaquero de las cercanías. Dese cuenta de que lo que le estoy presentando es la dimisión de mi cargo.

—Dimisión que no acepto.

—¿Es que no comprende que…?

—Yo no comprendo nada. Yo aquí represento a la Ley, amigo, y usted está oficialmente bajo mis órdenes. Aceptó voluntariamente el empleo y tiene que desempeñarlo hasta el final. ¿Qué le importa ser verdugo durante media hora más?

—¿Es que se ha adelantado la ejecución de Curtis?

El *sheriff* sacó una botella de *whisky* de uno de los cajones de su mesa y bebió un largo trago antes de contestar. Ofreció a Dale, pero

éste rechazó con un movimiento de cabeza.

—Precisamente al verle entrar creí que usted se había enterado —dijo el de la estrella—. Iba a decirle: «Llega usted oportunamente», y ahora resulta que me sale con ésas.

—¿Por qué han adelantado la ejecución?

—Orden especial del gobernador. Por lo visto quiere hacer una gran limpieza antes de las elecciones.

Dale cerró un momento los ojos, con un gesto de pesadumbre, pero cuando los abrió de nuevo aquellos ojos volvían a ser fríos, inhumanos y duros como un pedazo de roca.

Susurró:

—Está bien. Acabaré el trabajo.

—Hace bien. Supongo que el propio Curtis se lo agradecerá, porque he oído decir que despacha usted a los condenados al otro barrio sin que éstos se den ni siquiera cuenta. ¿Es cierto?

—No lo sé.

—Dicen que sus lazos parecen tener vida, que se enroscan al cuello como una serpiente.

—¿Quiere dejar esa conversación, *sheriff*?

El interpelado se atizó otro trago de *whisky* antes de contestar:

—No, no quiero. La cuestión de las ejecuciones es muy seria, infiernos. Y a propósito de esto he de hacerle una pregunta. Cuando mate a Curtis, usted habrá ejecutado a cuatro hombres, precisamente a cuatro, ni uno más ni uno menos, y a continuación dejará su cargo. ¿Por qué? ¿Qué interés tenía en esos cuatro fulanos?

Dale se mordió los labios, sin contestar. Cerró un momento los ojos, mientras volvía la cabeza.

Dio la sensación de que volvía a revivir un antiguo sufrimiento ya en parte olvidado, algo que le quemaba las entrañas, que llegaba hasta el fondo de su sangre. Pero cuando abrió los ojos de nuevo, otra vez el *sheriff* se sorprendió al verlos tan inhumanos y tan fríos.

—Diga, ¿por qué?

—Yo quería matarlos legalmente —susurró Dale.

—¿A ellos?

—Sí, precisamente a «ellos». A ellos solamente.

—La pregunta sigue siendo la misma. ¿Por qué?

—Yo tenía un hijo —declaró roncamente Dale.

—Y supongo que estaría casado…

—Sí, en efecto. Me casé muy joven, y casi al año quedé viudo. Por entonces tenía solamente a mi hijo.

—¿Muy… muy pequeño?

—Cuatro años…, los suficientes para reconocer a una persona.

El *sheriff* tragó saliva.

—¿Y… qué?

—Esos cuatro hombres, los tres a los que he ejecutado y el que tengo que ejecutar, se llevaron unas reses después de asesinar a un vaquero. Mi hijo estaba entonces en el campo, porque lo había llevado allí para enseñarle a nadar en el río. Yo me estaba secando. No llevaba los revólveres encima… Entonces esos cuatro hombres dispararon. Dispararon sobre un inocente chiquillo de cuatro años…

Su voz se había vuelto tan ronca, tan tensa que parecía llenar la habitación entera. Y, sin embargo, era también una voz suave y lenta. Era una voz donde palpitaba una amargura recóndita, una amargura tan honda que había marcado para siempre la vida de un hombre. Hasta el *sheriff*, un tipo endurecido para quien sólo existía la Ley y la muerte, se sintió conmovido. Notó que la boca se le había quedado seca.

—Desde entonces —susurró Dale—, desde entonces…, no hay en mí otra idea que la de la venganza. Parecía que con la muerte de Curtis todo quedaría extinguido, pero…

—¿Pero qué?

—Esta noche he visto algo que me ha hecho recordar el cadáver de mi hijo. Bueno, no sé explicarme… El caso es que necesito matar a tres hombres.

—¿Esperará a que los condenen?

—No. No esperaré, hombre de la estrella. Con Chapman, Curtis y los otros, aguardé porque fueron atrapados pronto. Pero con estos tres no habrá juicio, se lo prometo. Los verá ahorcados antes de que el juez haya dicho una sola palabra.

—¿Ahorcados?

—Así es, *sheriff*. Tres hombres para tres lazos de muerto.

* * *

En aquel momento uno de los agentes entró en el despacho. Tenía cara de no haber dormido en toda la noche.

—Hola.
—¿Todo listo? —preguntó el representante de la Ley.
—Sí. El condenado ya está dispuesto. Ah, por cierto… Veo que el verdugo también ha sido puntual.
Dale apenas le miró.
—Vamos —dijo secamente.
Caminaron hacia la parte posterior del despacho, donde se abría un pequeño patio al cual daban las ventanas de las celdas. Allí había un patíbulo levantado a toda prisa. Los testigos se habían quitado los sombreros y les daban vueltas entre sus manos nerviosamente.
Dale miró el lazo.
—No está bien —dijo.
—Eso debía haberlo hecho usted mismo —comentó el *sheriff*—. Pero como la ejecución se ha adelantado…
—No tiene importancia. Yo lo arreglaré.
Dale subió al patíbulo, reformó el lazo y, cuando estuvo satisfecho de su forma, probó la trampilla.
Ésta se abría y cerraba bien.
—Puede venir Curtis.
Éste fue traído pocos segundos después. Era un gigantón rubio que en otro tiempo miró a todas partes con expresión desafiante, pero que ahora estaba asustado, sinceramente asustado. Para subir las escaleras del patíbulo, tuvieron que empujarle. Cuando le colocaron de pies sobre la trampilla, estuvo a punto de perder el sentido.
—No tengas miedo —dijo Dale—. No te haré sufrir.
—Yo a ti te… te conozco…
—Seguro. Mi hijo se parecía a mí.
Curtis cerró los ojos. Todo el horror de su vida pareció desfilar en este momento por su cerebro. Curvó los labios en una mueca amarga y se puso a llorar.
Pero el odio que sentía Dale no se aplacó. Para el frío odio que había alimentado durante meses y meses, no bastaba aquello.
Lo único que quería era no hacer sufrir. Realizar un trabajo perfecto, científico, exacto.
Su última ejecución. Oficialmente dejaba de ser, a partir de aquel momento, el verdugo de Oklahoma.

—Reza —dijo a Curtis—. Es lo único que puedes hacer.

Movió la palanca, y la trampilla se abrió. Curtis no debió sentir apenas nada, porque ni siquiera lanzó un gemido. Sólo se balanceó trágicamente durante unos segundos y luego quedó espantosamente inmóvil, con los ojos muy abiertos.

CAPÍTULO X

El *sheriff* gruñó:

—Nunca había visto una muerte tan rápida, diantre. Ni clavándole a uno un plomo entre las cejas se le puede matar con tanta velocidad. ¿Quiere un trago de *whisky* para celebrarlo?

—Yo no celebro nada, hombre de la estrella.

—Bueno, pero al menos se llevará el muerto…

—Ya sé que es costumbre que el verdugo lo entierre, pero no voy a hacerlo ahora.

—¿No?

—Concédame un poco de tiempo. Antes he de hacer una cosa.

—Bueno, ¿cuánto tardará?

—Una hora.

—Dejaremos el cadáver ahí mientras tanto… —Se pasó una mano por la barbuda mandíbula—. Diablos, y qué muerte tan rápida…

Dale salió del recinto de la cárcel, montó a caballo y fue a la mansión de Conan, adonde llegó con el caballo sudoroso y jadeante, después de una desenfrenada carrera.

Conan estaba sentado en los escalones de su propia casa.

Iba desaseado, le había crecido la barba y tenía todo el aspecto de un criado al que acaban de despedir.

Dale susurró apenas:

—¿Cómo está ella…?

Conan le miró como si no comprendiera.

—¿Ella? ¿Sandra?

—Sí. ¿Cómo está?

—Descansa… Parece que respira normalmente. Pero está tan blanca que da angustia verla. Ha perdido mucha sangre…

—¿Puedo entrar en su habitación un momento?

Conan se encogió débilmente de hombros.

—¿Por qué no?

Dale entró silenciosamente en la habitación de la muchacha. Ella estaba tendida en el lecho, y respiraba tan débilmente que bastaba mirarla un momento para darse cuenta de lo cerca que estaba de morir. ¡Y era tan joven, era tan bonita! ¡Era tan repugnante el crimen que se había cometido con ella…!

Dale reconoció que, a pesar de todo, a pesar del estado lastimoso en que ella se encontraba, nunca había visto una mujer así. Nunca había visto nada tan bello, tan hermoso, tan puro.

—Te vengaré, muchacha —dijo con voz ronca—. Te vengaré…

Cuando salió de la habitación, vio que Conan aún seguía en el mismo sitio y en la misma postura.

—¿Qué le ha parecido?

—Está mal —reconoció Dale—. Muy mal, pero espero que reaccionará gracias a su juventud. Las próximas veinticuatro horas van a ser muy críticas.

—El médico confió en que se salvaría.

—Yo también tengo confianza.

Conan levantó la cabeza hacia él y pareció mirarle con más interés. Sus ojillos brillaron.

—Ni siquiera me había dado cuenta de que usted es Dale, el verdugo… Tiene que perdonarme. Estoy como borracho…

—Ya no soy verdugo.

—Vaya… No sé qué es peor.

—De todos modos he de pedirle un favor relacionado con mi antigua profesión, Conan.

—¿Que favor?

—Necesito que me deje ocupar un árbol. El árbol junto al cual fue atacada su sobrina.

—¿Y para qué?

—He de colgar tres lazos en él.

—¿Y luego…?

—Habrá tres cuerpos.

El viejo Conan se puso en pie lentamente.

—Yo creí que se había encargado de eso Bradley, pero si usted le ayuda… En fin, no sólo le dejo ocupar el árbol, sino que, si me lo

permite, le prestaré la cuerda.

—Acepto.

Conan hizo traer una buena soga, que partió en tres pedazos lo suficientemente largos, e hizo entrega de ellos a Dale.

—Úselos pronto, amigo.

—Puede que antes de dos días.

Dale bajó al jardín, buscó el árbol junto al cual estuvo la noche anterior y calculó la resistencia de las ramas. Una de ellas era gruesa, larga y magnífica para resistir el peso de tres hombres. Por eso Dale colocó los tres lazos en ella, casi juntos.

Los miró largamente.

Tres lazos. Tres hombres.

Luego montó nuevamente en su caballo y partió al galope de allí, dejando la huella de su paso.

Tres lazos de muerte.

* * *

Cuando llegó de nuevo a la cárcel, hora y media después de haber salido de ella, su montura estaba al borde del agotamiento. Dale la hizo llevar a la cuadra, pidió una pala y un azadón y preguntó dónde podía enterrar el cadáver de Curtis.

—Tenemos un lugar en el cementerio reservado para esos… amigos del verdugo —le informó el *sheriff*.

—¿Disponen de una carreta? ¿Puedo trasladar el cuerpo en ella?

—Claro que sí. Y hasta le proporcionaré una escolta de un par de hombres, si quiere.

—No necesito escolta. Gracias.

Tomó las herramientas e hizo introducir el carromato en el patio de la prisión, donde el cuerpo del ahorcado aún se balanceaba de la cuerda. Dale lo descolgó de allí y lo puso sobre el vehículo, cubriéndolo con una manta.

Momentos después, bajo un sol que ya empezaba a ser cálido, rodaba hacia el cementerio.

Éste se encontraba a dos millas de la ciudad, y no le fue difícil hallar el rincón donde se sepultaba a los ajusticiados. Pesarosamente, Dale se dispuso a cavar la fosa.

En ese momento una voz dijo a su espalda:

—Yo le ayudaré, señor.

Dale se volvió. Un niño rubio, de unos siete años, mal vestido, con los ojos azules, le estaba mirando.

—¿Por qué quieres ayudarme tú, pequeño? —preguntó Dale suavemente.

—Porque es mi obligación. Yo soy el hijo de Curtis.

CAPÍTULO XI

En la garganta de Dale se produjo como una crispación. Los músculos de sus brazos temblaron.

Volvió la cabeza muy lentamente para mirar al muchacho.

Éste, como había notado ya, tendría unos siete años. Sus cabellos eran rubios, sus ojos azules, su expresión la de un verdadero hombre que ya ha recibido los embates de la vida. Usaba unos pantalones tejanos medio rotos, una camisa remendada y unas botas cuyas suelas estaban abiertas por la mitad. Bastaba ver sus manos para adivinar que el muchacho había trabajado ya, a pesar de su edad, porque tenía los dedos encallecidos.

Dale no supo lo que sentía, pero lo cierto fue que tuvo que volver la cabeza.

No quería que el niño viera sus ojos. No quería que se diese cuenta de que éstos se habían humedecido, de que eran distintos. No quería que el niño viese que él, un verdugo, había estado a punto de llorar.

Susurró:

—¿De modo que eres su hijo?

—Sí, señor.

—¿Qué has hecho hasta ahora? ¿Qué hacías mientras tu padre estaba en la cárcel?

—He… he trabajado por ahí.

—¿Pero es que alguien ha tenido entrañas para hacer trabajar a un niño como tú? ¿En qué te ocupabas?

El niño volvió hacia él sus palmas encallecidas, casi llagadas.

—Aserraba troncos.

—¿Y dónde vives ahora, pequeño?

—Por ahí…, duermo donde puedo.

Dale no se atrevía a mirarle. Notaba que sus ojos seguían quemando y sentía como una profunda vergüenza de sí mismo.

—¿Sabes que tu padre… que tu padre ha sido… ejecutado?

—Sí, señor.

—¿Cuándo lo has sabido?

—Yo estaba en la puerta del patio de la cárcel. Quería… quería despedirme de él. Pero los guardianes no me han dejado entrar, han dicho que yo no debía ver eso.

Dale evitaba mirarle. Pensó que era mejor así. No, hubiera sido terrible tener que realizar la ejecución delante de aquel niño. Tan terrible como cuando él vio morir a su hijo.

De pronto se volvió y le miró.

Cosa extraña, la mirada del verdugo era dulce.

—¿De veras quieres ayudarme?

—Sí, señor.

—Mira… Sujeta el cadáver por los pies. Yo lo haré por los hombros. Así no lo arrastraremos, ¿sabes?

El niño obedeció. Contenía a duras penas las lágrimas.

Cuando el cuerpo reposo en el fondo de la fosa, Dale susurro.

—Es costumbre que el pariente más cercano… Bueno, que arroje la primera paletada de tierra. ¿Quieres hacerlo tú?

—Sí, señor.

Aunque el niño quería mantenerse firme, sus manos temblaban.

Después de verle arrojar la primera palada de tierra, Dale recuperó la herramienta y continuó el trabajo él.

De espaldas al chico, susurró.

—¿Sabes quién soy?

—¿Cómo?

—Si sabes cuál es mi oficio.

—Sí. Usted es… usted es el verdugo.

Dale no dijo nada. No se atrevió a responder. Sólo siguió trabajando lentamente, más abrumado cada vez.

Hasta que de pronto noto aquel chasquido, aquel chasquido a su espalda.

Sólo quien ha vivido siempre en el Oeste y tiene ya un sexto sentido para captar el peligro puede comprender la reacción de Dale. Para él fue como si ya hubiera visto el revólver ante sus ojos. Se lanzó de costado con una rapidez increíble, rodando sobre la

tierra, y aun así la bala le rozó las costillas. El niño tenía una puntería endiablada, y su mano no temblaba al disparar.

Desde el suelo, Dale se revolvió con la velocidad de una fiera y arrojó una piedra a la muñeca armada del niño, quien arrojó el revólver con un gemido de dolor. Inmediatamente fue a recuperarlo, pero ya Dale estaba sobre él, moviéndose a una velocidad increíble, y de un manotazo se lo alejó.

El niño le miró con los ojos dilatados, pero en ellos no había miedo. Más bien asombro por la fantástica velocidad con que aquel hombre había sabido evitar la muerte.

Dale se puso en pie.

El niño alzó hacia él la cabeza. Quiso mantenerse sereno, pero de pronto a sus ojos asomaron dos lágrimas. Y entonces hundió la cabeza.

—Va a matarme, ¿verdad?

Dale susurró:

—¿No crees que es eso lo que debería hacer?

—Está en su derecho.

—¿Quién te enseñó a disparar por la espalda? ¿Tu padre?

—¡No insulte a mi padre! ¡Fue usted quien lo mató! ¡Fue usted quien lo hizo sufrir! ¡Yo tenía derecho a vengarme!

—Y ahora debería vengarme yo, ¿no es así?

—Puede… puede hacerlo. Ya le he dicho que está en su derecho. No me defenderé.

Dale alzó un momento la mano. Luego la dejó caer blandamente a lo largo de su cuerpo.

—¿Cómo te llamas, pequeño?

—¿Quiere saberlo para grabar mis íniciales en el ataúd?

—Puede. Pero dime tu nombre.

—Jim Curtis.

—Jim Curtis… Supongo que tu padre no se ocupó gran cosa de ti, Jim…

—¡Era mi padre y usted no tiene derecho a juzgarle!

—Oh, no… Yo no juzgo. En el caso de tu padre, fueron otros los que lo hicieron. Pero me gustaría saber si has ido a la escuela.

—Dos años… Hasta que murió mi madre.

—Está bien, Jim… ¿Quieres hacerme un favor?

—¿Un favor…, yo?

—¿Quieres ayudarme a montar una cruz para la tumba de tu padre?

El pequeño volvió la cabeza. Dale se dio cuenta de que las lágrimas habían saltado a sus ojos, de que no podía contenerlas ya.

—Llora, muchacho… Llora sin vergüenza. Piensa que a veces, hasta a los hombres nos alivia el llanto.

Y le acarició suavemente los cabellos rubios.

CAPÍTULO XII

Los tres hombres galopaban por la llanura.

No habían dado descanso a sus caballos desde la noche anterior, y los animales estaban al borde del agotamiento. Los hombres también estaban cansados, pero una fuerza superior a ellos les obligaba a seguir adelante. Aquella fuerza era el miedo.

Miedo a ser atrapados por los agentes del *sheriff*. Miedo a acabar con sus cuerpos balanceándose al extremo de una horca.

Los tres galopaban sin descanso, mirando recelosamente hacia atrás. Pero al transcurrir las horas se habían ido tranquilizando y empezaban a sentirse un poco más seguros.

De todos modos había que tomar una decisión. Fue Cole quien la expuso:

—Muchachos, hemos de separarnos.

Los tres se detuvieron. Los caballos agradecieron el pequeño descanso con un balanceo de crines.

—Aquella perra debe haber muerto —dijo Cole—, y por tanto nadie sabe si somos uno o tres. Ella no habrá podido hablar. Tampoco aquel cerdo de la cantina.

—Entonces, ¿qué temes? —sonrió Chester—. ¡Nadie sabe que somos tres! ¡Podemos seguir tranquilamente juntos!

—Pero temo a la casualidad —dijo Cole—. A veces los delitos se descubren por cualquier pequeño detalle que uno no ha previsto. Y si se llega a saber que somos tres hombres, nos perseguirán sin descanso. Separándonos, los desorientaremos.

Chester descendió del caballo. Mejor dicho, estaba tan cansado que casi se dejó caer de él.

—Me parece bien, pero yo estoy reventado. ¿Hacemos un poco de café antes de separarnos? Me parece que la jornada de mañana

va a ser dura.

Cole oteó el horizonte. Todo era calma, silencio y soledad en torno a ellos.

—No creo que haya ningún peligro —dijo—. Está bien, encenderemos una fogata.

Reunieron ramas secas y unos instantes más tarde ponían a calentar agua para el café. Ninguno de los tres tenía hambre. Sus ojos estaban como muertos, y sus cerebros parecían hundidos en el recuerdo de lo sucedido pocas horas antes.

Newman resumió aquellos pensamientos diciendo:

—Era una maldita perra…

—Su padre, el ranchero Turkus, arruinó a nuestros padres. Teníamos que vengarnos de algún modo. Teníamos que herirle en lo que él más amaba…

Cole lanzó una carcajada.

—¿De verdad lo hemos hecho por eso?

—¿Ah, no? ¿Por qué entonces?

—No seáis hipócritas. Entre nosotros no hace falta. ¿Hubiéramos hecho lo mismo si esa mujer hubiese tenido cincuenta años y además hubiera sido un adefesio?

Ahora fue Newman el que lanzó la carcajada.

—Hombre, no…

—O sea que lo que hemos querido ha sido pasar un buen rato.

—Eso por descontado…

Chester se tendió voluptuosamente sobre la hierba y suspiró:

—Os juro que nunca he visto una chica como ella. No creí que fuera tan hermosa. Yo a Sandra Turkus no la había visto nunca, y aunque me habían dicho que era de lo mejorcito de Oklahoma, no creí que fuera tanto. ¡Esa chica era un monumento!

Newman se tendió también sobre la hierba.

—No sé qué me da al recordarla… Y lo ruborosa que se ponía, la pobre… Nadie le había visto jamás ni siquiera el tobillo. Ahora podré decir que ha sido mía la mujer más bonita de Oklahoma.

—La que «fue» la más bonita.

—Sí, claro, ahora debe estar muerta.

—Debiéramos haberla traído con nosotros. Una chica como ella puede servir para más de una juerga.

—¿Aún queréis más complicaciones? ¿No tendremos bastante

trabajo para salvarnos los tres?

—¡Pero sí esto está listo! Nadie nos persigue…

Chester coló el café.

—De todos modos no debemos perder tiempo —dijo Cole—, aunque las ventajas estén de nuestro lado. Despachemos pronto.

Los tres hombres bebieron cada uno un pocillo de café y luego montaron de nuevo en sus caballos, que habían estado pastando hierba.

—Debemos separarnos.

—¿Cuál será el punto de reunión?

—Un lugar donde nadie va a ir a buscarnos. Y, si nos buscan en él, tampoco nos encontrarán. Me refiero a Kansas City. Es un lugar al que llegan docenas de forasteros cada día.

—Iremos por distintos caminos, supongo.

—Es lógico. Y, por tanto, tardaremos también tiempos distintos en llegar. El que antes llegue, que espere a los dos. Hay un magnífico hotel allí. ¿Lo conocéis? Se llama la Bella Sigrid.

—Sigrid fue una bailarina famosa hace tiempo. Dicen que aún está de buen ver. ¿Se puede obtener de ella algún favor especial, si uno no regatea la cuenta?

Los tres hombres lanzaron a la vez una carcajada.

Luego Cole levantó el brazo derecho.

—Y ahora… ¡Adelante…!

Los tres galoparon en distintas direcciones. Unos minutos después, convertidos en puntitos negros, desaparecían por tres lugares distintos del horizonte.

* * *

Newman estaba contento.

Llevaba un día entero galopando, después de haber cambiado de caballo, y no había visto ni rastro de nadie que le siguiera. En ninguna parte su figura llamaba la atención. Era un jinete más de los que a diario recorrían la geografía del Oeste central, y según todas las probabilidades llegaría a Kansas City sin haber sufrido la menor molestia.

Aquella noche, sintiéndose rendido, decidió que tenía derecho a un buen descanso. De modo que encendió una fogata, se preparó la cena, dejó en libertad a su caballo y, poniéndose la silla como

almohada, se dispuso a dormir al menos diez horas.

Hacía una magnífica noche, y todo invitaba a la placidez y al descanso. No faltaba ni el canto armonioso de los grillos.

Newman cerró los ojos.

Para que todo fuese perfecto, sólo le faltaba allí la chica. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí…, Sandra. Sólo le faltaba Sandra para que le hiciese compañía. ¡Qué hermosa! ¡Qué condenadamente hermosa había sido!

No tardó en dormirse, porque estaba cansado. Su idea, al hacerlo, fue descansar diez horas al menos.

Pero despertó a medianoche, con la sensación de que alguien le estaba observando.

Medio se incorporó, abriendo los ojos, y miró aturdido a su alrededor. Nadie.

Pero de pronto levantó la mano derecha.

¿Qué era aquello? ¿Qué significaba aquel roce? Tuvo entonces la brusca certidumbre de que era precisamente aquel roce lo que le había despertado. Miró mejor su mano derecha y vio en ella un pedazo de tela.

¿Un pedazo de tela?

Al principio no comprendió. Era una tela demasiado fina, y además estaba rasgada. ¿Qué infiernos hacía allí? ¿De dónde la había sacado él? Pero de pronto sus ojos se dilataron. Tuvo un estremecimiento y soltó la tela, como si quemase.

¡Porque era un pedazo de la camisa de la muchacha! ¡Ahora acababa de recordarlo! ¡Un pedazo de su camisa!

¿Quién la había traído aquí? *¿Por qué?*

Y de pronto le vio.

Era un tipo alto, delgado, cuyos ojos tenían la fijeza de los de una serpiente.

En su mano derecha jugueteaba un revólver.

Newman lo reconoció. Era el mismo a quien habían atacado. El que estaba junto a la chica. Sus labios temblaron, mientras sus manos se ponían a arañar la tierra.

—Yo, no… —empezó a decir.

—Tú eres un reptil como los otros —dijo Dale, lenta y ominosamente—. Ponte en pie. ¿O quieres morir tumbado, como corresponde a tu condición de serpiente?

Newman jamás había visto unos ojos como aquéllos. Jamás había oído una voz tan fría, tan metálica. Sintió que el horror le recorría la espalda, que llegaba hasta su nuca como una mano helada.

—Al menos dejarás que me defienda —balbució.

—Yo he venido a ejecutarte, y en las ejecuciones no se defiende nadie. Estás condenado a muerte y vas a morir. ¡Ponte en pie!

Newman no tuvo valor ni para eso. Prefirió morir tumbado.

Dale le clavó la primera bala en los pulmones y luego estuvo disparando hasta que en el tambor de su revólver no quedó ni una sola bala.

CAPÍTULO XIII

Cuando Conan se asomó aquella mañana a la ventana de su dormitorio y vio aquello, su rostro quedó lívido.

Puesto que desde allí no podía ver bien del todo, se puso apresuradamente un batín encima de la ridícula camisa de dormir que usaba, y descendió a toda prisa a la planta baja.

Una vez allí, miró hacia los árboles del jardín, las ramas de uno de los cuales sobresalían por encima de los otros.

—¡Lewis! —gritó, llamando al más fiel de los criados—. ¡Ven aquí, maldito Lewis!

Lewis, que era ya muy viejo, avanzó arrastrando una pierna.

—Diga, señor.

—¿Qué es aquello?

—¿Aquello qué?

—Cada día estás peor de la vista y mejor del estómago, Lewis. ¡Demasiado sé que te zampas todo mi coñac! ¡Quiero decir aquello que se ve colgando de la rama de un árbol!

Lewis parpadeó, mirando hacia donde le indicaba el índice de su dueño.

—Pues, con permiso del señor, parece un difunto.

—¡Un cadáver! ¡O sea, que no me he equivocado! ¡Es un tipo al cual han colgado de aquella rama!

En ese momento, una voz dijo junto a él:

—Prometí que lo haría.

Conan lanzó una exclamación y miró hacia su derecha, hacia uno de los pórticos donde se recortaba la alta figura de Dale.

Éste no debía haber dormido y tenía los ojos ligeramente enrojecidos por el cansancio, pero por lo demás, su aspecto era tan duro y metálico como siempre.

—¿Usted? —balbució Conan.

—Sí, yo… Y ese otro pájaro, el del árbol, es el primero de los tres que hicieron lo de la muchacha.

—¿Está seguro de que es uno de ellos?

—Por supuesto.

—¿Cómo lo sabe?

—Conozco lo bastante de huellas para haber sabido distinguir las que esos tipos dejaron después de su faena. Y las he seguido durante doce horas, hasta encontrar un sitio en que los tres caballos se separaban. Eso no ha sido difícil, porque los tres se sentían muy seguros y ninguno se preocupaba de no dejar huellas.

Conan le escuchaba asombrado, pasando sus ojos alternativamente del rostro de Dale a la figura que se balanceaba siniestramente de una rama del lejano árbol.

—¿Cómo ha podido traerlo hasta aquí y colgarlo? ¿No se ha resistido?

—No, no ha podido. Cuando lo he colgado ya estaba muerto. He disparado contra él apenas verle.

Hizo un suave gesto y añadió:

—Ahora faltan dos.

—¿Va a colgarlos también de esa rama?

—Por supuesto.

—¡Pero usted ha calculado mal, Dale! ¡Ha perdido un tiempo precioso al volver aquí! ¡Mientras tanto, esos hombres habrán tenido tiempo sobrado para alejarse!

—Sí, desde luego, pero sé dónde encontrarles.

Conan estaba cada vez más asombrado ante la aplastante seguridad de Dale. Pero aún objetó:

—¿Cómo lo sabe?

—Cuando las huellas se separaron, decidí seguir un trecho cada una de ellas antes de decidirme por una definitivamente. Y calculé, con cierta sorpresa, que las tres tenían que dirigirse por diversos caminos al mismo sitio. Ese sitio es la ciudad de Kansas City.

—Pero puede equivocarse.

—Desde luego. Es un riesgo que he de correr.

Pasándose una mano por los fatigados ojos, añadió:

—Deje ese cadáver un día entero ahí y luego dele sepultura. Pero no vaya muy lejos. Quiero que esté junto al árbol.

Conan, atónito, no sabía qué contestar.

—¿Cómo está la chica? —preguntó Dale.

—Se encuentra algo mejor. El médico ha dicho que probablemente ya no surgirán complicaciones. ¿Quiere verla?

Sin responder, Dale subió al piso superior.

Ya sabía dónde estaba la habitación de la muchacha.

Ésta se hallaba aún en la cama y su rostro estaba cubierto por una cerúlea palidez, a causa de la pérdida de sangre, pero sin duda había mejorado mucho desde la última vez que Dale la vio. Incluso ahora la muchacha consiguió sonreírle.

Pero Dale notó que la chica evitaba cuidadosamente mirarle, quizá porque sentía una invencible vergüenza ante lo sucedido. Dale estuvo a punto de decirle: «¿Qué culpa tienes tú? ¿Es que eres responsable de algo, pobre muchacha? ¿Es culpa tuya que haya fieras con figura humana y tú seas joven y bonita?».

Pero no dijo nada. Ni la más leve emoción se reflejó en su rostro, que, como siempre, parecía tallado en piedra.

—Siento infinitamente lo ocurrido —dijo ella, al cabo de unos instantes de silencio—. Creo que fue culpa mía.

—No, no fue culpa de nadie…, excepto de aquellos hombres.

—Por Dios, te suplico que no me lo recuerdes.

—No he venido a recordártelo ni a hablar de eso. Sólo he querido saber cómo te encontrabas.

—Creo que algo mejor, pero muy débil. Hasta el hablar me cansa.

—Lo comprendo. Y prometo no molestarte más.

—No me molestas.

Dale pensó: «Siente vergüenza. En el fondo, desea que me marche. Quiere estar sola».

Y no supo por qué, aquel pensamiento le causó una infinita tristeza. Ella quería estar sola. Era posible que, después de aquel instante, ya nunca más se volviesen a ver. Ella regresaría a su vida de muchacha mimada por la fortuna, y él… Bueno, ¿para qué pensar?

—Salgo de viaje —musitó—. Voy a ir a Kansas City y antes he querido despedirme de ti.

—Te lo agradezco, pero…

Daba la sensación de querer decir alguna cosa, algo que se

negaba a brotar de sus labios, que le hacía daño como un secreto.

Sus labios se despegaron dos veces, y por dos veces ella logró dominarse y guardar lo que estaba a punto de decir.

Dale susurró:

—Es posible que no nos volvamos a ver, muchacha.

—¿No volverás de Kansas City?

—No lo sé. Cuando uno viaja a aquella ciudad, nunca puede estar seguro de nada. Pero hay algo que te quiero decir, muchacha. Siento lo ocurrido y me considero responsable por no haber sabido defenderte. Hay algo más.

Hizo una pausa y añadió:

—Si alguna vez volviésemos a vernos, nunca me oirás hablar de eso. No, jamás mencionaré lo que ha sucedido. Te ruego que lo olvides, porque fue un episodio maldito de tu vida, pero que, al fin, no te dejó marcada.

Dio media vuelta en silencio, caminando hacia la puerta.

Y en aquel silencio casi angustioso de la habitación sólo se oyó durante unos instantes el sonido metálico de las espuelas del hombre. Cuando Dale llegó a la puerta se detuvo. Pareció como si una fuerza misteriosa le inmovilizara, como si algo le ligara oscuramente a la muchacha que aún podía morir. Al fin, atravesó el umbral.

—Dale… —susurró ella—. Dale…

Él se volvió.

Otra vez tuvo la sensación de que la muchacha estaba a punto de revelarle un secreto y no se atrevía a hacerlo.

Al fin ella cerró obstinadamente la boca.

Dale comprendió que no hablaría. Que, fuese cual fuere el secreto que ocultaba, no lo revelaría en aquel instante.

Y tampoco quiso forzarla.

—Adiós, muchacha —susurró—. Seguramente hasta nunca.

Descendió las escaleras y llegó a la puerta de la magnífica casa, ante la cual aguardaban ya dos caballos. En uno de ellos iba montado el pequeño Jim Curtis.

Dale le contempló con una sonrisa.

—Estás muerto de sueño, Jim. Has cabalgado conmigo toda la noche. No te sostienes sobre la silla. ¿Por qué no eres un hombrecito sensato y te quedas aquí?

—Yo no quiero ser un hombrecito, sino un hombre —dijo, obstinadamente, Jim—. Le acompaño.

Dale montó también de un salto.

—Está bien —decidió—. Entonces, vamos a Kansas City. Es una próspera ciudad donde todo crece muy aprisa, y pienso que habrá que ampliar también el cementerio…

CAPÍTULO XIV

Cuando Cole llegó a Kansas City lo primero que hizo fue descender ante el saloon más concurrido de la ciudad y pedir una jarra de a litro de cerveza, que bebió de un solo trago y dejando que la espuma le resbalara por las comisuras de los labios.

Estaba sediento después de la larga cabalgada, y además, sentía los nervios tensos. La bebida fría le calmó.

Luego fue al hotel de la Bella Sigrid, donde había quedado citado con sus amigos para cuando los tres se reunieran en la ciudad…

La propia dueña le atendió. Era una mujer de unos treinta y cinco años, opulenta y magníficamente conservada, quien ya conocía bien a Cole y sabía que se podía sacar dinero de él tratándolo con un poco de picardía.

De modo que Sigrid se apoyó en el mostrador de recepción, procurando que las profundidades de su sugestivo escote se vieran sin demasiados obstáculos, y susurró:

—¿Muchos días por aquí, Cole?

—No lo sé aún. Depende.

—La última vez estuviste muy poco.

—Tenía trabajo, muñeca.

—¡Uf! No me llames muñeca. Eso se les dice a las chiquitas que aún no tienen ni siquiera formas. Yo peso demasiado para eso. Este año me he engordado un poquito, ¿sabes? Mira, tengo más de aquí, y de aquí…

Dio unas vueltas detrás del mostrador, de modo que él viera bien cuáles eran los particularísimos lugares de su cuerpo donde la naturaleza había marcado un poquitín más sus líneas.

A Cole le brillaban los ojos, pero no pudo evitar hacer una

comparación con la chica de Oklahoma.

Aquélla era mucho más bonita. Pero mucho más, infiernos. La más bonita que recordaba haber visto.

Ahora lamentaba haberla matado. Bien cierto era que podían haberla raptado y traerla a la fuerza con ellos, como habían insinuado sus amigos. Pero ahora ya no había remedio.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? ¿Te has dormido o qué? ¡Ni siquiera te has fijado en lo que te decía de que estoy más gordita!

—Sí, sí… Estás suculenta.

—No creerás que hago estas exhibiciones ante todo el mundo, ¿verdad?

—No, claro que no.

Sigrid se puso seria repentinamente, pues no estaba habituada a que, ante ella, los hombres pensaran en otra mujer. Y que Cole estaba pensando en otra mujer resultaba evidente para una persona tan experimentada como la Bella Sigrid.

—Bueno —dijo con un tono de voz ya simplemente profesional —. ¿Qué habitación quieres?

—Una que esté cerca de las de mis amigos.

—¿Qué amigos?

Cole se sobresaltó, e hizo un gesto como si se le hubiera atragantado algo.

—¿Es que no han llegado?

—Si no me dices cómo se llaman, ¿de qué modo voy a saberlo?

—Chester y Newman.

—No, ésos no. Seguro que no. En los últimos días sólo han entrado aquí vejestorios y reumáticos. Ni un chico joven. El único que llegó resultó ser un asesino y se lo llevaron a rastras aquella misma noche, cuando yo me estaba arreglando para servirle la cena.

La nueva sugerencia de Sigrid tampoco fue captada por Cole, quien miraba ante sí con los ojos muertos, sin ver nada.

—No es posible que no hayan llegado. Ellos hacían el camino más corto. Era yo quien debía dar un mayor rodeo.

—Pero ¿de qué cuernos hablas?

Cole pareció reaccionar al fin.

—Es inútil. Si mis amigos no han llegado es que algo marcha mal. Mira, dame la habitación que quieras.

Sigrid descolgó una llave.

—Muy bien, pero pásate antes por la oficina del *sheriff*. Es posible que tengas una sorpresa.

A Cole pareció atragantársele algo otra vez.

—¿Una sorpresa?

—No pongas esa cara, hombre, ni tengas miedo. Estoy hablando de una sorpresa buena.

Cole comprendió que cualquiera que fuese la situación, era mejor afrontarla. El hecho de que ni Newman ni Chester hubieran llegado, sobre todo Newman, que era quien debía hacer la ruta más corta, le intranquilizaba. Pero era mejor estar preparado por lo que pudiera suceder.

Tomó la llave, subió a la habitación asignada, que era una de las mejores del hotel, y se lavó y afeitó. Mientras tanto, hizo que le subieran la bolsa atada a la silla de su caballo, donde llevaba ropas limpias, y se cambió. Al salir de allí parecía otro hombre, aunque seguía latiendo en sus ojos una mirada de preocupación.

Sigrid musitó:

—No olvides la oficina del *sheriff*.

Cole se mordió el labio inferior y se encaminó al lugar indicado. Pero antes pasó por uno de los saloons más bulliciosos, donde se estaba armando una gresca de mil diablos. Miró por simple curiosidad y vio a alguien tendido en el suelo.

Tuvo un sobresalto. ¡Infiernos, era Chester!

Se acercó a él, con una brusca expresión de alarma, y al zarandearlo vio que no estaba muerto. Sencillamente, había bebido tanto que el alcohol ya casi le salía por las orejas.

Cole masculló:

—¡Chester! ¡Chester! ¡Despierta de una vez, maldito!

Uno de los camareros se acercó desde la barra.

—Es inútil. No le oye.

—¿Cómo puede un hombre emborracharse de ese modo? ¡Está igual que una piedra!

—¿Y yo qué quiere que le diga? Yo sirvo lo que me piden. Y ese tipo empezó a beber anoche y puede decirse que aún no ha terminado.

—¿Ni siquiera ha ido a buscar un hotel?

—Tal como llegaba de viaje se sentó ahí y empezó a atracarse. Es todo lo que sé.

Cole, con un gesto de desprecio, soltó al borracho, que quedó nuevamente tumbado en el suelo, y salió de allí con una expresión más inquieta que nunca. Directamente fue a la oficina del *sheriff*.

Entró en ella.

Un hombre de unos cincuenta años, con una estrella al pecho, se levantó de su mesa al verle. Bruscamente avanzó hacia él, mientras le sonreía con los brazos abiertos.

Cole vaciló un momento, dudando como si estuviera viendo visiones. Y de pronto avanzó también hacia el *sheriff*, mientras gritaba:

—¡Papá!

CAPÍTULO XV

El *sheriff* de Kansas City avanzó dos pasos más y estrechó fuertemente entre los brazos a su hijo.

Éste, pasado el primer instante de alegría, reaccionó con extrañeza al verlo allí. Separándose unos centímetros del *sheriff*, musitó:

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Es que estás representando a la Ley en otro condado? ¿Qué es esto?

El padre de Cole lanzó una carcajada.

—Ahora soy el *sheriff* de Kansas City. Ése es un cargo mucho más importante que el que tenía, ¿no te parece?

—No lo entiendo. ¿Cómo has llegado a ser *sheriff* de una ciudad así? ¡Si ni siquiera ha habido elecciones!

—Mataron al *sheriff* anterior, y el gobernador me ha designado a mí con carácter extraordinario, hasta que las elecciones se celebren dentro de un año. Pero no hay duda de que entonces resultaré elegido también.

—Si vives…

El *sheriff* lanzó una carcajada, mientras volvía a abrazar a su hijo.

—La Ley no está demasiado boyante en esta ciudad —reconoció—, y ésa es la causa de que el gobernador me haya designado a mí. Sabe que tengo mano dura y acabaré por imponerla. Naturalmente, eso significa que habré de correr una serie de riesgos, pero nadie conseguirá clavarme una bala, a no ser por la espalda. ¡Ya soy zorro viejo en el oficio! Sé cuándo hay que hablar y cuándo hay que disparar.

Cole miró a su padre.

Evidentemente, pocos hombres había como él. Cole no conocía a

ninguno. Su padre era un tipo de una pieza, un tipo recio e implacable que parecía fundido en bronce. A sus cincuenta años, aún tenía la fuerza de un joven de veinticinco y el pulso firme de un cadete. Jamás fallaba una bala. Y su sentido del deber era tan fuerte como sus músculos.

Nunca había pedido un favor y nunca lo había concedido tampoco. Para él no había nada que tuviese tanta importancia como el honor ni tanto valor como la Ley. Diez heridas graves y treinta años de servicio llevando siempre la estrella al pecho, atestiguaban cumplidamente esto.

A su vez, el *sheriff* miraba a su hijo Cole.

—Te veo algo desmejorado —opinó.

—¿Yo desmejorado? ¿Por qué?

—Da la sensación de que no has dormido en dos noches.

—Bueno, tal vez. He estado viajando.

—¿Por dónde?

—¡Oh, no vengo de muy lejos! Vengo del Sur, de Oklahoma.

—¿Y qué haces en Kansas? ¿Has encontrado por fin algún trabajo que te convenga?

—¿Yo? Pues…

Cole se mordió el labio inferior, y al fin lanzó una carcajada, como en tales ocasiones había hecho siempre.

Pero esta vez el *sheriff* estaba serio. Esta vez los ojos de su padre se clavaban con severidad en él.

—Mira, Cole, hijo mío, siéntate.

Cole obedeció. Se sentía un poco inquieto ante la mirada de su padre, como le había ocurrido siempre. En verdad, dependía para todo del *sheriff*, porque él no había sabido ganarse la vida nunca. Y ahora adoptó la actitud un poco humilde del colegial a quien van a echar una bronca.

Nada recordaba en él al hombre vicioso y criminal que había convertido a una muchacha virgen en una mujer destruida para siempre.

—Tú dirás, papá —susurró.

—¿Quieres un trago?

—No, no. He bebido antes una cerveza y ya no tengo sed.

—Mira, Cole, hace tiempo que quería hablarte… Cuando te he visto hace un momento y me has dicho que venías de Oklahoma, he

tenido la ilusión de que por fin hubieras sabido encontrar un trabajo, algo que te permitiera independizarte y convertirte de verdad en un hombre. Pero tus palabras han significado un gran desengaño para mí. ¿Hasta cuándo crees que puede durar esto? Yo siempre te he dado dinero y he satisfecho tus necesidades y hasta tus caprichos, pero tengo la sensación de que con ello no he hecho más que preparar tu ruina. ¿Qué edad tienes ahora?

—Bueno, pues…

—No, no me lo digas. Evidentemente tienes más de veinte años, y, ¿sabes una cosa? Yo, a los veinte años, ya era *sheriff*. Ya me habían puesto una estrella al pecho y me habían ordenado defender la Ley en un lugar infestado de pistoleros y de indios en pie de guerra… Allí me casé y allí fundé un hogar, del cual eres tú lo único que queda. Pero a veces me pregunto: ¿es que queda algo? ¿Es que realmente eres tú lo que un día soñé que fueras?

Cole intentó disculparse haciendo un gesto ambiguo.

—Bueno, en realidad, no soy mal mozo…

—No, mal mozo no lo eres. Tienes un cuerpo ágil y fuerte, un hermoso rostro y una excelente salud. Yo no me quejo de tu cuerpo, sino de lo que puede haber dentro de él. Un hombre no consiste sólo en un paquete de músculos, sino también en un carácter, una energía y un respeto a la verdad, que siempre tiene que estar dispuesto a defender. ¿Eres tú realmente eso?

Cole volvió a repetir aquel gesto ambiguo.

—No comprendo por qué me hablas así, papá… Ya sé que siempre has tenido pequeñas quejas de mí, pero nunca te habías puesto tan serio. Y precisamente hoy… Llevamos casi dos meses sin vernos, y de pronto…

—Es que hoy precisamente estoy un poco alarmado.

—¿Alarmado por algún motivo especial?

—Sí, por tu amigo Chester.

Cole se sobresaltó.

—¿Qué pasa con Chester?

—Lleva no sé cuántas horas emborrachándose. Yo le reconocí en seguida, apenas llegó a la ciudad y se metió en un saloon. Pero no quise detenerle por ser amigo tuyo. Además, me dio la sensación de que bebía porque tenía miedo. ¿Qué es lo que os ocurre, Cole?

Cole tragó saliva en un espasmo, sintiéndose más y más inseguro

cada vez.

—¿De qué iba a tener miedo Chester?

—Eso no soy yo quien puede saberlo, pero entre trago y trago le oí murmurar que creía que alguien le estaba siguiendo.

—¿Que… alguien… le estaba… siguiendo?

—Sí, eso decía. ¿Qué os sucede, Cole? ¿Por qué no ha venido vuestro amigo Newman con vosotros? Erais inseparables, ¿no? ¿Qué te impide decirme la verdad?

Cole volvió a sentir un espasmo.

Por un instante estuvo tentado de decir la verdad a su padre, porque estaba seguro de que él le protegería. Su padre era un *sheriff* implacable y duro, pero era su padre, y la llamada de la sangre tiene más valor que la fuerza de la Ley.

Iba a abrir los ojos, cuando la pregunta saltó de nuevo.

—¿Por qué no me explicas francamente lo que os traéis entre manos? Ya sabes que yo sólo quiero ayudarte.

—Pues verás, yo…

En ese momento, un alguacil entró en la oficina.

—Jefe, ¿es que ya no se acuerda de Dan?

El *sheriff* se llevó una mano a la frente.

—Diablos, lo había olvidado por completo… Dan era el trabajo más importante que tenía para hoy, y al llegar mi hijo…

—¿Qué trabajo tienes con Dan? —preguntó Cole, deseando aliviar la tensión que se había formado entre ambos.

—He de ahorcarle.

Cole sintió que se le formaba un bulto en la garganta.

—¿Ahorcarle? ¿Por qué?

—Violó a una mujer.

El bulto que se había formado en la garganta de Cole pareció estallar en mil pedazos. Cole sintió como si le abrasasen.

—Bueno, pero quizá eso no… no sea… tan… tan grave.

—Es el delito más repugnante que conozco —determinó el *sheriff* —. Quien no sabe respetar a una mujer indefensa, no merece que a él se le respete tampoco. Dan ha sido hallado culpable de ese delito y yo quiero tener el honor de ahorcarle por mi propia mano. En un caso así ahorcaría a mi propio hijo…

De pronto, sus ojos se posaron con más atención en Cole. Se dio cuenta de que éste temblaba como un azogado.

—Oye —preguntó—, ya va siendo hora de que te conviertas en un hombre decidido a todo. ¿Por qué no lo ahorcas tú?

—¿Yo? ¿Yo mismo?

—¿Es que no sabes? ¡Es la mar de fácil!

—Ya comprendo, pero…

—¿Tienes lástima? ¿O te inspira compasión? ¿Por qué? ¡No merece otra cosa! ¡Es un violador repugnante!

Cole se dejó caer sobre la silla, abrumado, sin fuerzas ni para tenerse en pie.

Su padre le miró con una mezcla de decepción, sorpresa y lástima.

—Parece que está muy impresionado —dijo su ayudante.

—Sí. Es que en el fondo se trata de un buen muchacho. Esas cosas de violar a una mujer le producen vértigo. Bueno, luego estaré por él. Ahora quiero tener el honor de ahorcar a Dan de una condenada vez. ¿Vamos?

Y el *sheriff* y el alguacil salieron de la oficina.

Cole se quedó allí, quieto como un muerto, respirando afanosamente, mientras sus ojos extraviados se clavaban en el rótulo de la oficina y el letrero que advertía a los habitantes de Kansas City:

Quedan prohibidos los duelos de cualquier clase.

Los infractores, o el que de ellos quede vivo,

serán castigados con un año de prisión.

CAPÍTULO XVI

Los dos caballos penetraron al paso en la calle principal de Kansas City, y al fin se detuvieron ante el amarradero de un hotel modesto.

Los animales iban cubiertos de polvo, y todo en ellos indicaba una larga cabalgada a través de tierras resecas. Los remos se les doblaban, señal evidente de un terrible cansancio.

Los jinetes de aquellos caballos eran bien desiguales.

Por un lado, un hombre alto, fuerte, de facciones duras, que llevaba un revólver y un rifle. Por otro, un niño rubio, medio muerto de sueño quien apenas se sostenía sobre la silla y no llevaba armas.

Dale, pues no era otro el hombre que acababa de llegar a Kansas City, dijo al pequeño Jim:

—Necesitas un buen descanso, muchacho. Voy a llevar los caballos a la cuadra y luego me ocuparé de ti.

—No se preocupe.

—Vamos, te ayudaré.

Puso ambas manos en la cintura del niño para que descabalgara mejor y luego entraron juntos en el hotel.

—Queremos una habitación con dos camas.

—Por supuesto. ¿Van a cenar?

—El niño tomará una taza de caldo bien concentrado antes de ir a dormir. Yo, nada.

—Muy bien. Aquí tienen su llave. Es la habitación número siete.

Cuando estuvieron en ella, Dale hizo que el niño se acostara y lo arropó bien. Mientras tanto, una de las sirvientas del hotel, una matrona gruesa como un buey, entró con la taza de caldo.

Dale mismo sostuvo ésta mientras el niño bebía.

—Ahora tienes que descansar, Jim. Estás rendido… Mañana

tendrás el cuerpo bien dispuesto y será el momento de que comas algo sólido.

El niño pasó su mirada por la habitación, que, pese a su modestia, debía parecerle lujosa.

—¿Sabe una cosa, Dale? Mi padre nunca me había traído a un sitio así.

—Quizá es que no tuvo ocasión. Vamos, duérmete, Jim. ¿Y quieres hacerme caso en algo que te voy a aconsejar? Nunca recuerdes el pasado. Lo único que debe importarte es que tienes toda una vida por delante, pequeño.

Jim Curtis se tendió del todo en el lecho y medio cerró los ojos, agotado, pero por entre sus pestañas siguió mirando a Dale.

—¿Y usted? ¿Qué va a hacer?

—Tengo que dar una vuelta.

—¿Para qué?

Dale sonrió suavemente, mientras le acariciaba los cabellos.

—Vamos, Jim, eres demasiado preguntón para ser tan pequeño. ¿No quedamos en que yo sería un soldado de caballería y tú un soldado raso? Pues vas a obedecer. Han tocado retreta y hay que dormirse.

El pequeño Jim sonrió y cerró del todo los ojos.

Verdaderamente, no podía más.

Un instante después, estaba dormido. Y a Dale le pareció ver —¿o quizá fue ilusión suya?—, que por primera vez asomaba a los labios del niño una dulce sonrisa de paz.

* * *

Cuando Dale descendió de nuevo a la calle, el dueño del hotel le miró desde la puerta.

—¿Me permite una pregunta, amigo?

—Sí. ¿Por qué no?

—¿De dónde viene usted?

—Del Sur, de Oklahoma.

—Pues parece que venga de más abajo aún, por ejemplo, de Texas. Tiene aspecto de estar reventado. ¿Es tan urgente lo que ha de hacer esta noche?

—Suponga que sí.

El dueño del hotel era zorro viejo, y por eso preguntó:

—Busca a alguien, ¿no?

—Dos hombres.

—¿Y no le asusta enfrentarse a dos fulanos a la vez, estando tan reventado como está?

Dale contestó con una pregunta:

—Se llaman Chester y Cole. ¿Los conoce?

—¿Cole? ¿Se refiere al *sheriff* Cole?

Dale arqueó una ceja, mientras contenía la respiración.

—Ese *sheriff* Cole, ¿tiene algún hijo?

—Sí, uno. Precisamente llegó a la ciudad anoche.

—Gracias.

Fue a salir, pero el otro le detuvo con un gesto.

—Oiga, ¿qué va a hacer?

—No tengo nada contra el *sheriff*, déjeme.

—Pero sí contra su hijo.

—Puede.

—Tenga en cuenta que el padre es un tipo de acero, de esos que no se acobardan. Y además, los duelos están prohibidos en la ciudad. Hay un año de cárcel, o doscientos dólares de multa.

—Gracias por el aviso.

Dale se desasió de la mano del hombre, que presionaba suavemente su brazo izquierdo, y salió a la calle. Sabía ya lo más importante, sabía que Cole estaba allí, y probablemente también estaría Chester. Conocía a aquellos hombres porque había encontrado un daguerrotipo entre las ropas de Newman, el único de los tres que había matado hasta entonces. Una de esas grises fotografías de la época en que los tres amigos miraban al frente sonriendo. Debajo estaban sus nombres, escritos por ellos mismos: «Cole, Chester, Newman».

Se detuvo ante la oficina del *sheriff*, cuyas luces estaban encendidas. Vaciló un instante.

Y al fin entró.

El *sheriff* estaba tras su mesa, estudiando unos partes que le habían remitido sus alguaciles. Bastaba mirarle un momento para darse cuenta de que era un hombre duro, uno de esos tipos para los que el peligro y la muerte no significan absolutamente nada.

Cole alzó los ojos al verle entrar.

Cosa extraña, los dos sintieron lo mismo. Cada uno de ellos se

dio cuenta de que tenía enfrente a un hombre de una sola pieza. Las miradas de sus ojos grises y duros parecieron chocar en el aire.

El *sheriff* se puso en pie, cosa que no hacía generalmente ante nadie.

—¿Quién es usted, forastero?

—Me llamo Dale. Vengo desde el vecino estado de Oklahoma.

—¿Y qué quiere?

—Tengo que pedirle permiso para algo muy sencillo, *sheriff*. Permiso para matar a un hombre.

—¿Está loco?

Por un momento, Cole creyó que le hablaban en broma y se echó a reír. Pero la mirada fría de Dale seguía clavada en su rostro. Las carcajadas del *sheriff*, al principio muy sonoras, fueron quedando reducidas a un murmullo. Y al fin, con los labios tensos, repitió:

—¿Está loco?

—No lo estoy, *sheriff*. Y lamento que se haya reído. Porque el hombre a quien vengo a matar no es otro que su propio hijo.

CAPÍTULO XVII

Las facciones del *sheriff* Cole quedaron tensas durante largos segundos. Unas gotitas de sudor aparecieron casi bruscamente en sus sienes. Empezó a respirar agitadamente, como si sus pulmones fueran oprimidos por una mano invisible.

—¿Qué dice? —farfulló al fin—. ¿Ha venido a reírse de mí?

—¿Cree que podría reírme de uno de los hombres más duros de esta tierra? ¿Piensa que voy a burlarme del que ha sabido imponer la Ley en todo el estado?

—Pues si cree todo eso, es decir, si cree que yo sé imponer la Ley, ándese con cuidado, amigo. Puedo encerrarle por amenazas, y a poco que me lo proponga, se pasará un año entre rejas.

—No vengo a amenazar, *sheriff*. Vengo a matar.

Algo debió palpitar en los ojos de Dale, porque el *sheriff* enmudeció. Poco a poco, la mano que se había posado sobre su estrella descendió y acabó posándose blandamente sobre la mesa.

Instintivamente, se daba cuenta de que estaba ante un hombre como él. Uno de esos hombres que siempre consiguen lo que quieren aun a costa de su propia vida.

Susurró:

—¿Cuáles son sus cargos, Dale? ¿Por qué quiere matar a mi hijo?

—Voy a ahorrarle el dolor de escuchar según qué palabras, *sheriff*. Bástele saber que merece la muerte y que yo me limitaré a aplicársela.

Las facciones de Cole, padre, se endurecieron.

—Ésa no es manera de obrar, amigo. Si usted tiene algo contra mi hijo, haga una acusación en regla. Yo mismo la pasaré al juez.

—No se lo aconsejo, *sheriff*. Si hago lo que usted dice, o su hijo

irá a la horca o usted hará el ridículo y perderá todo su prestigio al salvarle de ella. Deje que los revólveres decidan. Deje que me bata en duelo abierto con él, a doce pasos.

Vio brillar, más intensamente que antes, las gotitas de sudor en la frente del *sheriff*. Fue entonces cuando Dale añadió:

—¿O es que su hijo es un cobarde?

La mano derecha del *sheriff* se movió como una catapulta y con una velocidad y una precisión que Dale no esperaba. Sintió como si su mandíbula saltara hecha pedazos, y antes de darse cuenta de lo que sucedía, se encontró volando por los aires y chocando estruendosamente de espaldas contra una de las paredes. Resbaló por ella y quedó sentado en el suelo, mientras un hilillo de sangre brotaba de sus labios.

—Buen golpe, *sheriff* —reconoció.

—¡Pues esto no es más que el principio!

Saltó sobre la mesa con una agilidad increíble para un hombre de cincuenta años, y dio un puntapié al mentón de Dale cuando éste se incorporaba. El chasquido de huesos pareció llenar la estancia.

Dale se dio inmediatamente cuenta de dos cosas: de que se había confiado en exceso y de que estaba demasiado agotado para sostener una lucha larga… Pero aquel combate era a muerte, y por si lo dudaba aún, pronto tuvo ocasión de comprobarlo.

El *sheriff* levantó una silla con las dos manos y fue a hacerla estallar sobre su cabeza, pero Dale pudo moverse a tiempo. El mueble se hizo pedazos contra el suelo. Pero la maniobra le costó no poder recuperar el equilibrio y recibir otro puntapié, éste entre las costillas. El impacto fue tan doloroso que le cortó la respiración.

El *sheriff* repitió:

—¡Esto no es más que el principio! ¡Toma!

Pese a que el insoportable dolor en la mandíbula y el flanco le impedía casi moverse, Dale consiguió detener el nuevo puntapié del *sheriff*. Sujetándole la bota, la hizo girar, y el representante de la Ley cayó estruendosamente sobre las tablas del suelo.

Pero se rehízo al instante.

Respiraba con más normalidad que Dale, quien estaba reventado después de pasarse varios días sin casi bajar del caballo.

Los dos hombres, en pie, se miraron. Sus ojos despidieron un brillo satánico cuando ambos se lanzaron de nuevo a la lucha.

El *sheriff* atacó primero.

Convencido de su superioridad, se lanzó a fondo, pero Dale detuvo el golpe con la izquierda y movió en *uppercut* la derecha. Ahora fue la mandíbula del *sheriff* la que recibió un impacto que le hizo saltar hacia atrás. Y con una mueca de estupor miró a su enemigo, que le esperaba con la guardia abierta y el busto jadeante.

—¡Lamentarás esto! —gritó.

Se lanzó de nuevo al ataque, y de nuevo cometió un error.

La guardia abierta de Dale se cerró instantáneamente. Sus codos recibieron sin daño alguno los golpes del *sheriff*, e inmediatamente contraatacó. Como el representante de la Ley no movía con demasiada agilidad las piernas de aquel endiablado zigzag, fue incapaz de esquivar del todo la acometida. Lanzó un grito cuando su ceja derecha fue partida y su labio superior se partió en dos.

—¡No tengo nada contra usted, *sheriff*! —gritó Dale—. ¡Déjeme hablar!

—¡Tú hablarás en el infierno!

Empleando un golpe innoble, descargó su rodilla contra el bajo vientre de Dale. Éste se encogió transido de dolor, y entonces el *sheriff* le descargó las dos manos unidas en la nuca. Por unos momentos, Dale sintió que el mundo entero daba vueltas en torno suyo. Vaciló de un lado a otro de la habitación y, al fin, cayó pesadamente a tierra.

El *sheriff* levantó la pesada figura de bronce que hacía el servicio de pisapapeles en su mesa y se dispuso a estrellarla contra la cabeza del caído. Sabía que aquel golpe iba a ser mortal, pero no por ello tembló su pulso.

Dale consiguió apartar la cabeza justo unos centímetros y la estatuilla destrozó las tablas del suelo, al lado de su cabeza.

Caso de llegar el golpe a su destino, el cráneo de Dale hubiese quedado convertido en astillas.

Dio una vuelta sobre sí mismo, y apoyándose en una de las patas de la mesa del despacho, se puso en pie, mientras el *sheriff* le miraba asombrado.

Hubiese jurado que aquel tipo estaba listo ya para el matadero. No comprendía de dónde diablos sacaba fuerzas.

Se dispuso a dejarle *groggy* con un cruzado, pero su golpe se perdió en el vacío al inclinarse Dale. El *sheriff* sintió que se le

cortaba la respiración cuando los dos puños de su adversario se le clavaron en el estómago. Boqueó, y entonces su otra ceja saltó al recibir un cruzado de Dale.

Una nube de sangre cubrió los ojos del representante de la Ley, quien lanzó al aire otro golpe inútil. Su mandíbula pareció estallar entonces al recibir un golpe parecido al de una catapulta. Cayó hacia atrás, y mientras se estaba desplomando fue cazado por otro gancho de Dale.

Ahora el *sheriff* voló materialmente por los aires y se estrelló de espaldas contra su propia mesa, que se volcó estrepitosamente. Dale esperó a que se recuperara y entonces lo acorraló contra la pared. Sabía ahora que, pese a su inmensa fatiga y el dolor que le atenazaba, el combate era suyo. El *sheriff* boqueó otra vez, sin ver a su enemigo, y recibió un
uno-dos
que le dejó lívido Fue a echar mano al revólver, pero un golpe propinado a la parte anterior de su cuello le dejó del todo sin respiración. Mientras caía lentamente, con los ojos en blanco, Dale lo acabó de un golpe de frente que le destrozó el pabellón nasal.

Mientras el *sheriff* jadeaba en el suelo, sin fuerzas para ponerse en pie, Dale tuvo que apoyarse en una de las paredes para no rodar también por tierra. Verdaderamente en aquel combate resultaba muy difícil saber quién había sido el vencedor y quién el vencido.

El *sheriff*, desde el suelo, jadeó:

—¿Puedo saber… de qué… se acusa… a mi hijo?

—De violación.

Los ojos del *sheriff*, cerrados a causa de la sangre, se abrieron bruscamente.

—¿Qué dice?

—El delito se cometió en Oklahoma. Puedo demostrarlo. Y puedo también llevarle allí para que sea juzgado y ahorcado, pero prefiero darle una oportunidad. Si le mato, le evitaré la vergüenza de la horca. Si él me mata a mí, quedará libre.

—¿Es que… va a batirse con él?

—A doce pasos.

—¿Sabe… que Cole tira bien? ¿Sabe que usted está reventado?

—Gracias por advertirme, *sheriff*.

—¿No le sería igual… matarme a mí?

—Comprendo su posición, *sheriff*, pero usted no tiene la culpa. Debe ser él, su hijo, quien dé la cara… Haga que, al menos, quiera defenderse como un hombre.

El *sheriff* se puso en pie. Apenas podía sostenerse, pero no era sólo por los golpes recibidos. Bruscamente, en sólo unos pocos minutos, parecía haber envejecido diez años.

Abrió la puerta continua a la oficina. Allí estaba su dormitorio de los días de guardia, un dormitorio con dos camas, la de su ayudante y la suya. En la del ayudante estaba sentado Cole.

Un Cole pálido como un muerto, temblorosos los labios, lívido el semblante.

Su padre susurró:

—¿No has oído los ruidos de la pelea?

—Sí, pero…

—No querías buscarte líos, ¿verdad? No querías buscarte líos, ni aunque se estuviera jugando la vida tu propio padre.

Se desabrochó el cinto-canana y se lo tendió.

—Anda, cíñete esto. El revólver está cargado. Sal a la calle… ¡y defiéndete!

—Pero, papá…

—¡Defiéndete! ¡Tienes enfrente a un enemigo medio destrozado! ¡Vuélale la cabeza, si puedes, pero hazlo como un hombre!

Cole se ciñó el cinturón-canana. Como un pelele salió a la calle. Su boca estaba llena de una saliva espesa y amarga.

Vio a Dale.

Vio a un Dale quieto, rígido, ensangrentado, a sólo doce pasos.

—Es él… —farfulló—. Es él…

La calle se había llenado de sombras silenciosas y expectantes. Muchos de los que habían oído ruido en la oficina del *sheriff*, sin atreverse a intervenir, eran ahora mudos testigos de aquel desafío a muerte, Cole entrecerró los ojos.

Veía que, efectivamente, su enemigo estaba muy castigado. Quizá consiguiera ser más rápido que él.

—Yo daré la señal —dijo el *sheriff*, desde el porche—. ¡Disparad cuando baje el brazo!

Lo alzó. Los dos contendientes contuvieron la respiración. Sus manos acariciaron las culatas.

—¡Ahora! ¡Mátale, hijo! ¡Mátale!

Los dos hombres tiraron casi a la vez, moviéndose con velocidad diabólica, pero Dale fue una décima de segundo más rápido. Su bala se empotró en la frente de su contrario cuando éste clavaba su plomo en tierra.

Una mancha roja apareció en la frente de Cole. Éste se volvió lentamente, muy lentamente, como una torre que gira sobre sí misma antes de derrumbarse, y durante unas décimas de segundo angustiosas, interminables, sus ojos se clavaron en los del *sheriff*.

—¡Papá! —gimió, roncamente—. ¡Papá!

Y cayó para siempre a tierra.

El *sheriff* Cole hundió la cabeza. Parecía como si la bala se hubiera empotrado en su carne, no en la de su hijo. Sus manos temblaron, y con los ojos cerrados volvió a su oficina, con la pesadez de un muerto.

En la puerta casi tropezó con el letrero que prohibía los duelos bajo pena de un año de cárcel o doscientos dólares de multa.

—Ha sido culpa mía —dijo con un hilo de voz.

Y el buen *sheriff* Cole depositó sobre su mesa, en la caja de las multas, la suma de doscientos dólares.

CAPÍTULO XVIII

Cuando el pequeño Jim Curtis despertó a la mañana siguiente —muy tarde, pues el sol estaba ya muy alto sobre la población—, vio a Dale sentado en una de las butacas que había en la habitación, con la frente apoyada en la mano derecha, la mirada perdida, la expresión triste y absorta.

El pequeño se sobresaltó, y de un brinco quedó sentado en la cama.

—¿Qué le ocurre? —musitó—. ¿Es que no ha dormido?

Dale alzó los ojos hacia él. Pareció como si sólo entonces se diera cuenta de que el niño estaba allí.

—Hola, Jim.

—Diga, ¿no ha dormido?

—No.

—¡Pero si tiene que estar reventado! ¡Y hay huellas de sangre en su rostro!

—Anoche me peleé con un hombre y maté a otro.

—¿Otro… de aquéllos?

—Sí.

—¿Va a llevarse su cadáver a Oklahoma? ¿Va a colgarlo también de uno de aquellos lazos?

—No.

La respuesta de Dale había sido suave, lenta, pero latía en ella una extraordinaria energía y también un inusitado dolor.

—No —repitió—. No lo haré.

—¿Por qué? ¿No quería que los tres fueran enterrados juntos al lugar donde habían cometido su delito?

—Sí, quería eso. Pero es que nunca había visto morir a un hombre llamando a su padre. Ha sido la primera vez.

Se llevó un momento la mano a los ojos y añadió:

—La primera vez… y la última. No mataré a nadie más. ¡A nadie más! Y dejaré que el *sheriff* Cole entierre el cuerpo de su hijo.

—Eso significa… que el tercer asesino huirá. ¿No me explicó ya que ellos eran tres?

—Sí, eran tres.

Parecía como si Dale no advirtiera nada, como si las palabras se limitasen a resbalar sobre su castigada piel y su cerebro dolorido, sin penetrar en él.

El niño susurró:

—Noto que algo ha cambiado en usted. No sé explicarlo. Usted no es el mismo.

—Es que hasta los verdugos se cansan de matar… —musitó Dale.

Puesto en pie, con las manos unidas a la espalda, caminó hacia la ventana de la habitación. Desde allí se veía la calle a la incierta luz del amanecer: los porches, las casas, los rótulos, todo parecía envuelto en una luz lechosa. Con voz velada, musitó Dale:

—Uno de ellos escapará. En cierto modo, lo siento, porque merecía la muerte igual que los otros, pero debe ser así. Yo no llevaré más lejos mi venganza.

Fue en ese momento cuando se oyeron cascos de caballo abajo, en el silencio de la calle.

Los ojos de Dale se achicaron, se convirtieron en dos rendijas.

Sus manos temblaron. La derecha acarició la culata del revólver. Sus dedos parecieron sufrir un espasmo.

Todo él reflejó una tensión indescriptible, algo que estaba más allá de sus fuerzas y que martirizaba su vida.

Jim Curtis susurró:

—¿Qué pasa?

Dale no contestó.

¿Qué podía contestar? ¿Que tenía a Chester allí, a tiro de revólver? ¿Que el último cobarde iba a huir para siempre ante sus propios ojos?

Porque era Chester el que se alejaba de la ciudad a uña de caballo.

Chester, al despertar de su borrachera, debía haber conocido la noticia de la muerte de Cole. Razonablemente debía haber supuesto

también que Dale estaba allí. Y ahora escapaba cobardemente, dispuesto a poner tierra por medio, sin imaginar ni remotamente que el propio Dale le estaba mirando desde una de las ventanas.

Los dientes de Dale entrechocaron a causa de la tensión insoportable. Sus sienes parecieron a punto de estallar.

Se daba cuenta de que si Chester escapaba ahora, quizá ya no le volvería a encontrar nunca más. Se daba cuenta también de que le bastaría lanzar un grito, mover la mano derecha, que ya estaba rozando el «Colt» para que aquella cuestión terminara.

Un disparo y todo quedaría listo. Todo sucedería como él soñó. Otro disparo y otra tumba.

Los últimos.

Pero Dale se contuvo. Se había jurado a sí mismo no volver a matar, y estaba dispuesto a respetar aquella solemne decisión. La mano que acariciaba el revólver se retiró poco a poco, muy poco a poco, como si el «Colt» estuviera pegado a la piel y tuviera que arrancarlo dolorosamente.

Vio que Chester iba a desaparecer.

Un minuto más y…

La mano descendió otra vez sobre el revólver.

Pero Dale se contuvo. Se contuvo haciéndose sangre en los labios.

Chester desapareció, y al verse libre en la llanura, entonó una salvaje canción de alegría.

* * *

De los tres, él era el único que iba a vivir.

De los tres, él solamente había consumado la venganza sin sufrir nada a cambio. Al contrario, gozando mucho. Cuando el padre de Sandra Turkus arruinó a sus padres, es decir, a los de Cole, Newman y él mismo, los tres juraron vengarse de la forma más terrible que fueran capaces de imaginar. ¡Y vaya si se habían vengado! Pero sólo él, Chester, el más listo, seguía vivo para poder contarlo.

Él sí que era un hombre.

Él había vengado a su padre, al de Newman y al del propio Cole, que pese a ser *sheriff* había tenido relaciones comerciales con el ranchero Turkus. Y podía estar satisfecho de los resultados: Sandra muerta y él vivo. Valdría la pena celebrarlo cuando regresara a su

hogar.

¿Pero aprobaría su padre aquella venganza? ¿No le parecería inmoral y quizá repugnante? ¡Bah! ¿Qué importaba aquello? No le diría nada. Al fin y al cabo, lo hecho, hecho estaba.

No dejó de galopar hasta la frontera, mientras reía alegremente. Y al cruzar la línea divisoria se emborrachó otra vez.

¡Diablos, valía la pena!

* * *

Las tierras de Oklahoma eran cada vez más fértiles, más ricas y alegres. Y conforme avanzaba por ellas, la alegría de Chester se iba haciendo más y más grande. Veía los ranchos florecientes, los campos recién segados, las praderas cubiertas de ganado, y todo le parecía tan maravilloso que ni un solo día dejó de cantar. Así hasta que llegó al rancho de Turkus.

Vio la gran portalada que daba acceso a las tierras. Sobre ella campeaba un letrero orgullosamente: «Turkus Ranch».

Chester retuvo su caballo.

¿Y si entrara allí un momento? ¿Y si tuviera la «cara dura» de dar al ranchero Turkus el pésame por la muerte de su hija?

Una sonrisa burlona fue asomando a los labios de Chester.

Sería el colmo, sería la monda.

Imaginaba a Turkus con su cara de pez, dándole las gracias por el pésame, sin sospechar ni remotamente que estaba hablando con uno de los asesinos de su hija. Imaginaba la situación y sentía que su cuerpo se estremecía en calambres de risa.

¿Y si entrase?

Al fin y al cabo no corría peligro. La única que tal vez hubiese podido reconocerle hubiera sido la misma Sandra Turkus, pero Sandra estaba muerta.

Al fin, Chester no pudo resistir la tentación y entró.

Tras recorrer acres y acres de magnífico terreno, llegó a la espléndida casa del ranchero. Chester descabalgó y, silbando una cancioncilla, preguntó por Turkus al primer vaquero que encontró en su camino.

—¿Turkus? ¿Quiere usted decir el dueño?

—Sí, claro. ¿Quién va a ser?

—Pues me temo que no pueda verle… El señor Turkus está en el

campo, inspeccionando el ganado. Si quiere hablar con su hija…

Chester quedó sin respiración.

—Con… ¿con quién?

—Pues con su hija Sandra… ¿O es que hablo en chino? Mírela, precisamente por ahí viene…

Chester se volvió en redondo, como si hubiera oído a su espalda el silbido de un áspid, y sus ojos distinguieron a la muchacha bien vestida y bien alimentada que se hallaba a unos pasos de allí, mirándole entre curiosa e insolente, con unos ojos duros y crueles.

Chester palideció al notar que ella le había reconocido.

Porque ni Newman, ni Cole ni él conocían de verdad a la hija de Turkus. Sólo le habían visto de lejos. En cambio, ella sí que les conocía, porque los tres eran bastante famosos en la comarca.

Lentamente, Sandra se acercó a él, haciendo ondular las caderas.

—¿Tú? —masculló—. ¿Cómo te has atrevido a venir aquí? ¿Dónde están tus amigotes?

Chester no supo qué contestar. Estaba tan asombrado, tan aturdido, que sólo pudo balbucir unas cuantas palabras ininteligibles.

Sandra se acercó más, mientras hacía una imperceptible seña al vaquero que había hablado con Chester, para que se situara a espaldas de éste.

—Ya sé lo que ocurrió con aquellos dos perros… —Silabeó Sandra, despectivamente—. No creas que no me entero de las noticias… Los dos fueron muertos, y tú eres el único que vive. También me he enterado de la porquería que hicisteis con mi sustituta…

—¿Tu… tu sustituta?

—¡Claro, imbécil! ¿Crees que soy tan incauta como para dejarme sorprender? De sobras sabía que preparabais algo contra mí a causa del odio que sentíais hacia mi padre. También sabía que el golpe lo asestaríais durante el viaje a casa de mi tío Conan o durante la fiesta que él preparaba, ya que aquí yo era inatacable. Por eso no fui yo, sino que envié a otra mujer. Una zarrapastrosa llamada Liz, cuyo padre acababa de morir y cuya madre estaba enferma. Le prometí precisamente que yo cuidaría de su madre si ella accedía a sustituirme. ¡Y vaya si me sustituyó! Me sustituyó «en todo…».

Y Sandra Turkus, la auténtica Sandra Turkus, lanzó una burlona

carcajada.

Chester no supo qué le ocurría en aquel momento.

Quizá fue al darse cuenta de que sus compañeros habían muerto para nada, o el oír aquella risa burlona de la mujer, quizá fue el pensar que ahora ella le haría matar como a un perro… Todo esto hizo que una llamarada de sangre quemara los ojos de Chester. Sin darse cuenta de lo que hacía, con una rapidez que a él mismo le dejó asombrado, apretó el gatillo a través de la funda, haciendo que un botón rojo apareciese en la frente de Sandra. Ésta se desplomó hacia atrás, lanzando un gemido ronco, mientras su risa se cortaba en seco. El vaquero que estaba detrás de Chester, sacó también su revólver instantáneamente y tiró a dar, clavando un plomo entre las costillas del asesino.

Pero no le mató. Él sabía bien que al amo le gustaría tenerlo vivo —o medio vivo al menos—, para «una fiesta de lazo».

—¡Te ahorcaremos! —aulló mientras le pisoteaba—. ¡Te ahorcaremos, perro!

Chester, con sus últimas fuerzas, sintiendo que un torrente de sangre se le escapaba por la boca, balbució:

—Antes de que me colguéis…, quiero, quiero escribir una carta…, una carta a un hombre…, llamado Dale…, una carta…, por… por favor…

Y su propia sangre pareció ahogarle.

EPÍLOGO

Dale arrugó la carta y la arrojó suavemente sobre el césped, ante la puerta de la magnífica casa del potentado Conan.

Éste le contempló con los ojos muy abiertos, sin comprender del todo la actitud del joven. De pronto, había visto llegar a Dale a caballo, acompañado de un niño, y con huellas los dos de haber hecho una larga cabalgada. Dale había arrojado una carta al suelo y ahora le miraba.

—¿Pero cómo vuelve así? —preguntó Conan—. ¿No dijo que colgaría a los otros dos?

—Los otros dos están ya muertos, pero me he ahorrado el trabajo de colgarlos. Precisamente lo que acabo de lanzar es la carta del último de ellos, de Chester, en la que me lo explicaba todo. Del asunto por resuelto, Conan. ¿Puedo pasar a ver a Liz?

—¿A… a quién?

—A Liz.

—¡Aquí no hay ninguna Liz! ¡Mi sobrina se llama Sandra!

—Me temo que este usted en un error, señor Conan. La muchacha que hay en esta casa se llama Liz y no es su sobrina, cosa de la que me alegro, porque a una muchacha rica no me hubiera atrevido nunca a decirle lo que voy a decirle ahora. ¿Le importará quedarse solo, señor Conan? Pero no tema; le prometo que al menos una vez al mes le haremos una visita.

Sin pedir nuevo permiso, entró en la casa y subió a la habitación de Liz. Ésta ya se había levantado. Vestida con un vaporoso salto de cama, sin poder contenerse, incapaz ya de dominar sus emociones, se arrojó en brazos de Dale.

Éste musitó:

—Lo sé todo, Liz… Liz, pequeña mía…

Y, desde abajo, desde el pie de la escalera, Jim Curtis sonrió. Sonrió feliz por primera vez, feliz como un niño que conoce a su madre.

FIN